

no 185 J. Feb. 69

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS DE LA GALERIA

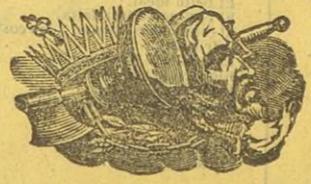
EL TEATRO.

COLECCION

DE OBRAS DRAMATICAS Y LIRICAS.

LEON DE LA SELVA,

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA.



MADRID.

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, N. 9.

1862.

CATALOGO

DE LAS OBRAS DRAMÁTICAS Y LÍRICAS DE LA GALERIA

EL TEATRO.

Al cabo de los años mil...
Amor de antesala.
Abelardo y Eloisa.
Abnegacion y nobleza.
Angela.
Afectos de odio y amor.
Arcanos del alma.
Amar despues de la muerte.
Al mejor cazador...
Achaque quieren las cosas.
Amor es sueño.
A caza de cuervos.
A caza de herencias.
Amor, poder y pelucas.
Amar por señas.
A falta de pan...
Articulo por articulo.

Ronito viaje.
Boadicea, *drama heróico*.
Batalla de reinas.
Berta la flamenca.
Barómetro conyugal.
Bienes maladquiridos.

Corregir al que yerra.
Cañizares y Guevara.
Cosas suyas.
Calamidades.
Como dos gotas de agua.
Cuatro agravios y ninguno.
¡Como se empuña un marido!
Como razon y sin razon.
Como se rompen palabras.
Conspirar con buena suerte.
Chismes, parientes y amigos.
Con el diablo á cuchilladas.
Costumbres politicas.
Contrastes.
Cutilina.
Carlos IX y los Hugonotes.
Carnioli.

Dos sobrinos contra un tío.
D. Primo Segundo y Quinto.
Deudas de la conciencia.
Don Sancho el Bravo.
Don Bernardo de Cabrera.
Los artistas.
Diana de San Roman.
D. Tomás.
De audaces es la fortuna.
Dos hijos sin padre.
Donde menos se piensa...

El amor y la moda.
¡Está loca!
En mangas de camisa.
El que no cae... resbala.
El niño perdido.
El querer y el rascar...
El hombre negro.
El fin de la novela.
El filántropo.
El hijo de tres padres.
El último vals de Weber.
El hongo y el mirinaque.
¡Es una malva
Echar por el ha tajo

El clavo de los maridos.
El oncenno no estorbar.
El anillo del Rey.
El caballero feudal.
¡Es un angel!
El 5 de agosto.
El escudido y la tapada.
El licenciado Vidriera.
¡En crisis!
El Justicia de Aragon.
El Monarca y el Judío.
El rico y el pobre.
El beso de Judas.
El alma del Rey Garcia.
El afán de tener novio.
El juicio público.
El sitio de Sebastopol.
El todo por el todo.
El gitano, ó el hijo de las Alpujarras.
El que las da las toma.
El camino de presidio.
El honor y el dinero.
El payaso.
Este cuarto se alquila.
Esposa y mártir.
El pan de cada día.
El mestizo.
El diablo en Amberes
El ciego.
El protegido de las nubes
El marqués y el marquésito.
El reloj de San Plácido.
El bello ideal.
El castigo de una falta.
El estandarte español á las costas africanas.
El conde de Montecristo.
Elena, ó hermana y rival.
Esperanza.
El grito de la conciencia.

Furor parlamentario.
Faltas juveniles.

Gaspar, Melchor y Baltasar, ó el ahijado de todo el mundo.
Genio y figura.

Historia china.
Hacer cuenta sin la huésped.
Herencia de lágrimas.

Instintos de Alarcon.
Indicios vehementes.
Isabel de Medicis.
Husiones de la vida.
Imperfecciones.

Jaime el Barbudo.
Juan sin Tierra.
Juan sin pena.
Jorge el artesano.
Juan Diente.

Los amantes de Chinchon.
Lo mejor de los dados...
Los dos sargentos españoles.
Los dos inseparables.
La pesadilla de un casero.
La hija del rey René.
Los extremos.
Los dedos huéspedes.
Los éxtasis.
La posdata de una carta.
La mosquita muerta.
La hidrofobia.
La cuenta del zapatero.
Los quid pro quos.
La Torre de Londres.
Los amantes de Teruel.
La verdad en el espejo.
La esposa de la Condesa.
La esposa de Sancho el Bravo.
La boda de Quevedo.
La Creacion y el Diluvio.
La gloria del arte.
La Gitana de Madrid.
La Madre de San Fernando.
Las flores de Don Juan.
Las apariencias.
Las guerras civiles.
Lecciones de amor.
Los maridos.
La lápida mortuoria.
La bolsa y el bolsillo.
La libertad de Florencia.
La Archiduquesita.
La escuela de los amigos.
Las cuatro del poder.
La escala de los perdidos.
La escuela del poder.
La Providencia.
Los tres banqueros.
Las huérfanas de la Caridad.
La ninfa Iris.
La dicha en el bien ajeno.
La mujer del pueblo.
Las bodas de Camacho.
La cruz del misterio.
Los pobres de Madrid.
La planta exótica.
Las mujeres.
La union en Africa.
Las dos Reinas.
La piedra filosofal.
La corona de Castilla (alegoria)
La calle de la Montera.
Los pecados de los padres.
Los infieles.
Los moros del Riff.
La segunda cenicienta.
La peor cuna.
La choza del almadreño.
Los patriotas.
Los lazos del vicio.
Los molinos de viento.
La agenda de Correlargo.
La cruz de oro.
La caja del regimiento.
La planta exótica.
Llueven hijos.
Mi mamá.
Mal de ojo.
Mi oso y mi sobrina.
Martin Zurbarano.

647-5330

LEON DE LA SELVA.

OPERA EN TRES ACTOS.

LIBRETTO DE DON ANTONIO GARCIA GONZALEZ.

DE SALVADOR MADRUGA GONZALEZ.

LEON DE LA SELVA.

85/6

LEON DE LA SELVA.

LEON DE LA SELVA,

COMEDIA EN TRES ACTOS,

ARREGLADA Á LA ESCENA ESPAÑOLA

POR

D. SALVADOR MARIA GRANÉS,

Representada por primera vez en el teatro de Novedades la noche del 24 de
Diciembre de 1862.



MADRID:

IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ, FACTOR, 9.

1863.

PERSONAS.

ACTORES.

CLEMENTINA	SRA. MONTESINOS.
GLORIA	SRA. RIZO.
DOLORES	SRA. CRUZ.
NIEVES	SRA. ALBA.
ROSA	SRA. SOLÍS.
MARTA	SRA. CATALÁ.
DON LEON	SR. FIDEL.
DON TORIBIO	SR. GARCIA.
PATRICIO	SR. LASTRA.
UN AGENTE DE POLICIA.	SR. MONTESINOS.

Convidados, espectadores, vendedores de periódicos, etc., etc.

D. SALVADOR MARIA GRANÉS

Representación por primera vez en el teatro de Novedades la noche del 24 de
Diciembre de 1893.

La acción pasa en Madrid, en nuestros días.

La propiedad de esta obra pertenece á su autor, y nadie podrá sin su permiso reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales, reservándose el autor el derecho de traducción.

Los comisionados de la Galería dramática y lírica titulada EL TEATRO, son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y de cobro de derechos de representación en todos los puntos.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

MADRID:

IMPRESA DE JOSE RODRIGUEZ VECINO, 8.
1893.

A LOS SEÑORES

D. JOSÉ FIDEL LOPEZ Y D. JOSÉ GARCIA,

ESCENA PRIMERA

EN TESTIMONIO DE AMISTAD,

El Autor.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa un pequeño gabinete. Puerta á la derecha del actor, dando á la antesala; otra á la izquierda, que dá á la alcoba de Leon. En el fondo una ventana, por la que se ven las casas del otro lado de la calle. Muebles elegantes y una mesa de despacho en primer término.

ESCENA PRIMERA.

MARTA y PATRICIO.

MARTA. Con cuidado, Patricio, no hagas ruido y se despierte el señorito don Leon. ¡Bonito genio gasta!

PAT. ¿Por qué le tienes tanto miedo?

MARTA. ¡Válgame Dios! Si parece una fiera. Dice que odia á las mujeres... ¡Ay, si no fuera por los veinte reales que nos dá de pupilaje! (Llaman.) Vé á ver quién es. (Patricio sale.) Será su sastre ó su zapatero.

ESCENA II.

MARTA, GLORIA, NIEVES, ROSA.

GLORIA. (Á sus compañeras.) Yo soy quien tiene la palabra.

MARTA. ¡Calla! No me engaño. Las floristas del almacén de enfrente!

GLORIA. Las mismas, señora Marta.

NIEVES. ¡Jesus! Yo estoy temblando. ¡Venir á la casa de un jó-
ven soltero!...

GLORIA. ¿Y qué? Las muchachas bonitas son bien recibidas en
todas partes.

MARTA. Pero ¿qué os trae aquí?

GLORIA. Vá usted á saberlo.

NIEVES. ¡Ay, qué rubor! Yo diré á usted...

GLORIA. Silencio. Me habeis encargado que sea el *orador*, y pido
la palabra. (A Marta.) Ante todo, diga usted, ¿don Leon
ha salido?

MARTA. No por cierto: duerme todavía.

NIEVES. ¡Qué miedo! Encontrarnos pared por medio de un hom-
bre que está en la cama!

GLORIA. ¿Y qué? Puesto que está durmiendo no nos comerá.

NIEVES. Tienes razon; pero bajemos el diapason y apresurémono-
nos á saber...

GLORIA. Hé aqui el hecho. El Adonis que ronca á dos pasos de
la sala está constantemente en esa ventana, ó lo que es
igual, pasa la vida en ella. Nosotras le vemos...

NIEVES. Lanzar suspiros...

ROSA. Miradas...

GLORIA. ¿Á quién van dirigidas? Hé ahí lo que nos preocupa.
Cinco pisos tiene la casa. El tercero está vacante y el
bajo desalquilado. Quedan los otros tres. En el segun-
do vive doña Dolores, la mujer del escribano... Una
vieja ridícula.—Por este lado no hay peligro.—En el
principal un inglés con cuatro loros, que no dicen mas
que *yes*.—Por aquí tampoco.—En el entresuelo está el
almacen de flores artificiales, adornado de otras flo-
res...

MARTA. (No menos artificiales.)

NIEVES. Que somos nosotras.

MARTA. Si; pero...

GLORIA. Es claro que los suspiros del galán no pueden dirigirse
ni á la vieja del tercero ni á los loros del segundo: lue-
go nos pertenecen á nosotras. Pero ¿á cuál de nosotras?
Esta es la cuestion. (Mostrando á Rosa.) La sensible Rosa
jura que es á ella. (Id. á Nieves.) La encantadora Nieves
cree haber encendido su corazon, y yo, la suma modestia,
sostengo por mi nombre de Gloria, que Dios me dé,
que soy la única á quien adora. ¿De quién es el lauro?
¿Quién vencerá?

MARTA. ¿Queréis saberlo? Ni la una, ni la otra, ni la de mas allá.

LAS TRES. ¡Bah!

MARTA. Ninguna, hijas mías.

GLORIA. ¿Qué dice usted?

MARTA. Digo que don Leon de la Selva, mi huésped, con sus veinticinco años y sus veinticinco mil reales de renta, es un animal. Aborrece al bello sexo. ¡Si supierais cómo me trata!

GLORIA. Esa no es una razon.

MARTA. (Bajando la voz.) Figuráos que es natural de Asturias, provincia donde abundan los lobos... y ya sabeis aquello de quien con lobos anda... Á cada momento dice que detesta el mundo, que desea morirse...

NIEVES. ¿Es raro! ¿Con que aborrece á las mujeres?

GLORIA. ¿Y entonces por qué la tiene á usted á su servicio?

MARTA. Dice que viéndome á mí detesta á las demas: yo no lo entiendo; pero lo cierto es que me ha prohibido recibir faldas en su habitación. Y si supiera... (Escuchando.) ¡Ah! oigo ruido... Si os descubriese, ¡qué conflicto! Idos, idos pronto.

NIEVES. Cómo, ¿nos marcharemos sin probar?...

GLORIA. (Bajo á sus compañeras.) Yo no renuncio: un marido bien vale la pena... Es una raza que se vá perdiendo de dia en dia.

NIEVES. Esta chica tiene unas ideas... (Se oye tocar un piano.)

GLORIA. Venid, y os diré la que ahora me ha ocurrido.

ESCENA III.

MARTA, luego LEON.

LEON. (Dentro.) ¡Por vida de mi nombre!

MARTA. ¡Ya era tiempo!

LEON. No sé cómo me contengo... ¡Ah! ¿Es usted, condenada Matusalem?

MARTA. (Las ha visto.) Pero, señor, ¿de qué se queja usted?

LEON. ¿De qué me quejo? vástago de Satanás. ¿Luego es usted sorda? Luego no oye usted. (Ambos se detienen á escuchar.)

MARTA. (Con satisfaccion.) ¡Ah! si. Es mi sobrina, que toca el

- piano.
- LEON. ¿Y llama usted á eso tocar el piano? diga usted que cencerrea, que martillea, que desgarrar mis oídos... Ese *rum, rum* me asesina, me desespera, ¡señora!
- MARTA. Don Leon, mi sobrina Cornelia es una de las primeras discípulas del Conservatorio, y se desvela por estudiar.
- LEON. Yo soy quien se desvela, cuando ella estudia.
- MARTA. Y hará su *debut* en la Zarzuela, cuando tenga su *ré* y un traje nuevo.
- LEON. Pues bien, que entre en la Zarzuela y que no salga nunca... Prefiero eso; si, si, que se vaya á la Zarzuela, asi como asi, yo no voy nunca. (Imitándola.) Nan... Nan... nan... (Empujando á Marta.) Y se está usted quieta. ¿No vé usted que me vá á dar algo?—Corra usted, dígame que se vaya á otra parte con la música... Yo pagaré sus lecciones siempre que no toque mas.
- MARTA. (Yéndose.) ¡Jesus! ¡Qué hombre tan antifilarmónico!

ESCENA IV.

LEON, paseándose y tapándose los oídos.

¡Instrumento infernal! ¡Plaga de Egipto! Nada conozco mas insoportable que un piano... á no ser dos pianos. (El piano cesa.) Vamos, ¡gracias á Dios! ¡ya cesó! (Mirando alrededor de él.) Puedo volver á tomar el curso de mis observaciones astronómicas... (Señalando á la ventana.) ¡Oh! Encantadora ninfa de la calle del Barco.— Sal á iluminarla con un solo rayo de tus hermosos ojos. (Mirando.) Nada, no está en el balcon. ¿Le habrá espantado la música? ¡Y pensar que está á diez pasos de mí y que no puedo verla!... y que la idolatro... ó mas bien, la detesto... Porque tal es mi naturaleza incomprensible y rara... Adoro á las mujeres, y al mismo tiempo, las huyo... Quisiera arrojarme á sus pies y pisotearlas con los míos... ¿Y por qué? Porque desde que percibo una, la lengua se me traba, mis ideas vuelan, me quedo estático, mudo... ¿Cómo saber, pues, si mi bella desconocida admite ó rechaza mi amor? Si le enviara mi tarjeta... Ah, si, por la ventana. De esta manera sabrá mi nombre... Le haré un doblez para que vea que he ido en persona. ¡Soberbio! y para que no se la lleve el vien-

to la incluyo en un sobre, y dentro un napoleon, á guisa de lastre. (Sacándose una moneda.) Donde pongo el ojo, pongo la piedra. (Lanza la tarjeta y se oye el ruido de un cristal que se rompe.) ¡Adios! ya rompí un cristal... Afortunadamente iba pagado el porte. Mirando y resguardándose tras la cortina.) ¡Eh! Quién es ese viejo que examina mi proyectil?... Será su padre, ó su tío, ó su tia... porque descubro detrás una vieja...

ESCENA V.

D. LEON á su balcón, D. TORIBIO dentro.

TOR. ¡Eh! vecino.

LEON. (Me cogió infraganti.) Buenos dias. (¿Qué le diré?) Celebro ver á usted bueno. ¿Se toma el fresco, eh? Vaya, que aproveche. Si alguna cosa se le ofrece, yo soy don Leon de la Selva, para servir á usted. Buenos dias, abur.

TOR. (Gritando.) ¡Eh! ¡oh!

LEON. (Me llama... Meditará, tal vez, algun plan siniestro.)

TOR. Caballero, el correo de que usted se sirve, no es el oficial, como previene la ley. Usted ha tirado una piedra al tejado del vecino, sin ver que el de usted es de vidrio.

LEON. No, señor; padece usted una lamentable equivocacion. El tejado de mi casa es de teja y madera, con que, abur.

TOR. ¡Eh! vecino!...

LEON. ¡Otra!

TOR. Déme usted una explicacion.

LEON. Bien, ya iré á su casa...

TOR. Yo no consento que un hombre tan audaz penetre en mi morada, no señor; soy escribano de oficio y celoso de condicion.

LEON. Y yo...

TOR. Usted no es mas que un ciudadano que ha cometido delito de lesa vecindad apedreando mis balcones con tarjetas y con dinero, y voy á intentar contra usted un juicio de conciliacion.

LEON. ¡Razones, déme usted razones!

TOR. La primera de sus faltas consiste en asaltar mi casa por el balcón.

LEON. Juro á usted...

TOR. Segunda falta; soborno.

LEON. Pero hombre...

TOR. Me ha lanzado usted un napoleon dentro de una carta. Usted ha sido el encubridor de aquel malhadado personaje para introducirle fraudulentamente en mi domicilio. Resumiendo: voy á declarar á usted la guerra ante un juez de paz; primero, por abuso de confianza, segundo por soborno, y tercero por autorizar la invasión francesa en mi territorio.

LEON. Usted no sabe lo que se dice.

TOR. Pero sabré entablar, de acuerdo con mi esposa, una accion criminal contra usted. Ó soy ó no soy escribano.

LEON. Pues yo rechazaré sus acusaciones. Ó soy ó no soy abogado.

TOR. Hoy mismo le cito á juicio de conciliacion.

LEON. Pues no nos conciliaremos.

TOR. Nos veremos.

LEON. Búsqueme usted las cósquillas, y le rompó el esternon.

TOR. Nos veremos.

LEON. No hay inconveniente.

TOR. Haré á usted sentir el peso de la ley, mozuélo seductor, y no descansaré hasta que judicialmente se haga tapiar ese balcón.

LEON. Lo veremos.

TOR. Lo veremos.

ESCENA VI.

LEON, á poco CLEMENTINA, y DOLORES.

LEON. Amor, tú tienes la culpa de que me amenacé un escribano, tú me arrojas entre sus garras, y sin embargo, ¡oh ángel de mis sueños! no podré nunca llegar hasta tí... á menos que tú fueses la que... pero eso es imposible... (Se queda en actitud pensativa.)

CLEM. Te digo, hermana, que es una imprudencia venir á la casa de un jóven que no conocemos.

DOL. ¡Eh! Déjate de escrúpulos... Además, yo traigo una ex-

cosa plausible y no sospechará la verdadera causa.

CLEM. Vamos, pues. (Adelántanse.)

DOL. Caballero...

LEON. ¡Dios mio! ¡Ella! Ella en mi casa... luego me ha oído.

Me ha adivinado... (Buscando donde ocultarse.) ¡Oh! ¡Uf!

¿dónde me esconderé?

CLEM. (Perdone usted, caballero, si nos tomamos la libertad de presentarnos en su casa.)

LEON. (Después de haberla ofrecido un sillón.) Que se tome las libertades que quiera. (Llevándose las manos sobre el corazón.) (Adios, ya soy hombre al agua.)

DOL. Usted disimulará nuestra venida cuando sepa el motivo. Estamos encargadas, lo mismo que otras señoras, de pedir el próximo jueves santo en la parroquia de San Martín para los niños de la Inclusa; y hemos creído que en calidad de vecinas, no tomaría usted á mal que viniésemos á invitarle...

LEON. ¿Ustedes tienen el honor de ser mis vec?... No; soy yo quien tiene el disgusto de ser... (Ya sabía que en cuanto la viesé no había de decir más que desatinos.)

CLEM. ¿Podremos esperar que tenga usted la bondad de asociarse á este acto de caridad?

LEON. (Conmigo debería ella tenerla.)

CLEM. Y qué no será usted sordo...

LEON. ¡Sordo! ¡Dios mio! Ojalá. Pero esto no basta. Yo desearía también ser ciego.

CLEM. Cómo, caballero...

LEON. No, no he querido decir eso. (Yo tengo vértigos... Á mí me dan mareos... pero es preciso dirigirle alguna frase galante.) Tómese usted la molestia de sentarse. (Vá á buscar una silla y se deja caer sobre ella.) (Las piernas me flaquean... voy á desmayarme...)

CLEM. (Sonriendo.) Gracias, caballero.

LEON. ¡Me ha sonreído! (Levantándose.) ¡y qué sonrisa! vale dos mil reales como un ochavo.)

CLEM. Veo con sentimiento que nos es preciso renunciar á inscribirle en nuestra lista.

LEON. (Bruscamente.) Nada de eso, al contrario, usted no comprende...

CLEM. ¡Qué hombre tan raro! Gracias, pues me devuelve usted la esperanza.

LEON. ¡Dice que yo le vuelvo la esperanza!

- CLEM. ¿Qué cantidad, caballero?
- LEON. (Otra sonrisa, y van dos...) Cuatro mil reales.
- CLEM. ¡Cómo!
- LEON. Espere usted. (Abriendo el cajón.) (Concédeme, hermosa criatura, concédeme tus sonrisas, dame por valor de veinticinco mil duros... Arruíname de una vez para hacerme el mas afortunado de los mortales.) Tome usted. (Le dá un billete.)
- CLEM. ¡Un billete de cuatro mil reales!
- LEON. ¿Quiere usted mas al mismo precio? (Dirigiéndose al escritorio.)
- CLEM. ¡Ah! caballero, es usted muy generoso, y no encuentro mas medio de recompensarle, que suplicar á usted acepte esta invitacion...
- LEON. (¡Un convite para su casa!)
- CLEM. Para el sermón que tendrá lugar en la parroquia al anochecer.
- LEON. ¡Ah! ¡Un sermón!
- DOLORES. Dios le recompensará tan noble desinterés.
- LEON. Está bien. No hay de qué... quiero decir... En fin, basta. Pero váyanse ustedes... ¡Pronto! No saben ustedes todo lo que su presencia me hace sufrir. (Deja la invitacion sobre la mesa.)
- CLEM. Caballero... (¡Vaya una despedida! verdaderamente este buen señor es tan generoso como mal educado.)

ESCENA VII.

D. LEON.

La vision ha desaparecido... Se me escapa. (Corre hácia la puerta y luego se detiene.) ¡Ah! ¡imbécil! Vas á volverte político ahora, y cuando se hallaba á tu lado, te has conducido como un salvaje... Debiste arrojarte á sus pies, cubrir su mano de besos, preguntarle su nombre... Ni aun le he preguntado cómo se llama; y ahora que ya no está aquí, ahora vuelve á despertarse mi entusiasmo... Aquí, (Besando la mesa.) aquí es donde se apoyó... (Besando con furor...) Hum... hum... hum... (Este papel...) (Tomando la papeleta) quiero devorarlo con mis besos... Quiero besar hasta el polvo que ha hollado... (Bajándose para besar el suelo.) ¡Ah! no, (Detenién-

dose.) que si me equivoco de polvo y beso el que ha pisado mi patrona... Eso emponzoñaría mi dicha. Mi dicha... ¡Ah! Soy el hombre mas infeliz de la tierra. Noventa y nueve mujeres á quienes hice el amor, me dieron calabazas una tras otra, y á las ciento me suicido... Lo he jurado y lo cumplo; pues bien; llegó el fatal número... La escribiré. Veamos. Esta invitacion tendrá el nombre de los asociados. (Leyendo.) Calle del Barco, número 16. La señora de Cabeza. ¡Cabeza! El escribano de allí enfrente... ¡Luego está casada! (Con desesperacion.) ¡Ella! mi ángel, la mujer de mis sueños ¡casada! ¿Y con quién? Con un estantigua á quien ella dirá «mi dulce bien» y él la llamará «su paloma.» ¡Qué horror! ¡Esto es hecho! Despues de semejante golpe, la vida me parece la cosa mas insoportable del mundo. Y bien mirado, ¿qué es la vida? Un largo y penoso viaje, en tanto que la muerte es un sueño de plomo, en que no cesa uno de roncar, lo cual debe ser muy agradable para los vecinos. (Con resolucion.) Decididamente, opto por lo último. (Sacando sus pistolas y poniéndolas sobre la mesa.) Vosotras, ahajas mias, abreviaréis mi viaje.

ESCENA VIII.

LEON, MARTA.

- MARTA. Señor don Leon, venia para anunciar á usted...
LEON. ¡Silencio!
MARTA. Para prevenirle que tres jóvenes...
LEON. Silencio, señora Marta. Tengo que dar á usted órdenes serias... muy serias... serisimas... (Ocupémonos inmediatamente de preparar mis funerales.) Irá usted á los Andaluces. Encargará un almuerzo abundante: perdices trufadas, galantina, truchas... (Mucho me gustaban en vida.) Que haya profusion de vinos, champagne del mejor. (En vida era mi delicia.) ¡Ah! Me enternecen estos lúgubres detalles.
MARTA. ¿Cuántos cubiertos?
LEON. Seis. (Cuando hay para seis hay para uno.) Yo he tenido siempre simpatia hácia esos filósofos griegos, que se despedian de la vida despues de un suntuoso banquete. La copa en la mano y ornada la sien de flores. Eso es

magnífico; y á los postres, así, á guisa de plus-café, (señalando las pistolas.) se administra uno la cosa... y buen provecho.

MARTA. Pero, señor, es que yo venia...

LEON. ¿Aun está usted ahí?

MARTA. Á decirle que tres de sus amigos...

LEON. Yo no tengo amigos... Yo no conozco á nadie, yo no quiero ver á nadie, á nadie mas que á mi almuerzo... Que lo traigan pronto. Corra usted. (Marta se retira hácia el fondo y permanece en escena.) Entre tanto quiero poner en órden mis negocios, escribir mi última voluntad: yo no tengo herederos, ¡oh! positivamente no. Yo he evitado siempre el trato con las mujeres... ¿Á quién dejaré, pues, mi fortuna? ¿Á quién? ¡Al gran turco! Un hombre que posee cuatrocientas mujeres sin asustarse, merece mi particular aprecio. Ese si que es todo un hombre: será mi heredero universal. (Váse por la izquierda.)

ESCENA IX.

MARTA, luego GLORIA, NIEVES, ROSA, vestidas de hombre.

MARTA. Se entra en su cuarto... ¡Si sospechará el enredo!

GLORIA. Señora Marta...

MARTA. No hagais ruido... Está allí. (Señalando al cuarto.)

GLORIA. ¿Le ha anunciado usted nuestra visita?

MARTA. Imposible, no me oye... Casi me arrepiento de haber consentido en secundar vuestro proyecto; pero, en fin, como se trata de vengar á nuestro sexo... me habeis cogido por el flaco.

GLORIA. Todo ello no es mas que una broma de carnaval. Él no quiere recibir á ninguna mujer. Pues bien, gracias á estos trajes, que nos han prestado unos amigos para ir al baile, lograremos nuestro propósito.

MARTA. ¡Y con aynda de ese disfraz, pretendeis descubrir su pensamiento, arrancarle lo que tiene dentro del alma!

GLORIA. ¡Digo! Si es que posee un alma ese Leon de la Selva.

NIEVES. Fingiremos compadecerle y su corazon se abrirá.

MARTA. La puerta de su cuarto hace otro tanto.

TODAS. ¡Él es! (Todas se retiran al fondo. Leon se adelanta pensativo.)

ESCENA X.

DICHOS, LEON.

- LEON. ¡Valor! et último viaje no se emprende dos veces.
- GLORIA. No me parece mal.
- ROSA. Ni á mí tampoco.
- NIEVES. ¡Oh! yo lo creo.
- LEON. ¿Quién anda por ahí?
- MARTA. (Elevando la voz y como si disputara con las muchachas.) No señores... es inútil.
- LEON. ¡Gente desconocida! ¿Qué hay, señora Marta?
- MARTA. Nada; unos jóvenes á quienes decia que no está usted en casa, pero no quieren creerme.
- GLORIA. Y me parece...
- LAS TRES. Caballero...
- LEON. (Devolviendo el saludo.) Señores...
- GLORIA. Admirados de sus virtudes hace tiempo que deseabamos...
- MARTA. Pero cuando os repito... (Fingiéndose incomodarse.)
- LEON. Basta. Vaya usted á lo que le tengo dicho.
- MARTA. Allá voy.
- LEON. Y después hágame usted el gusto de instalarse en su camaranchon por si necesito algo.
- MARTA. ¡Ah verdugo! (Ap. á ellas.) Hijas mías, tratadle sin compasión... Vengadme de ese monstruo. Os viviré reconocida. (Váse.)

ESCENA XI.

LEON, GLORIA, NIEVES, ROSA.

- LEON. ¿Podré saber, señores, á quién tengo el honor de hablar?
- GLORIA. (Ap. á ellas.) Audacia y valor.
- NIEVES. (Yo estoy temblando.)
- GLORIA. (Á Leon.) Somos tres estudiantes del primer año de leyes. (Designándolos.) Arturo Aguilar, Adolfo Espinosa, y yo, Nicomedes Soto.
- LEON. ¡Ah! Muy bien, señor don Arturo, señor don Adolfo, señor don Nicodemus...

- GLORIA. Nicomedes.
LEON. Si; Ya sé... Nicodemus. Y ¿qué hacen ustedes?
GLORIA. Yo versos.
LEON. ¡Bravo!
ROSA. Yo conquistas.
LEON. ¡Demonio!
NIEVES. Yo deudas.
LEON. ¡Soberbias carreras! Vuestros padres deben estar orgullosos de tener unos hijos tan adelantados... Pero todavía no adivino lo que me proporciona el honor de esta visita.
GLORIA. Gracias; el honor es nuestro. Á fuer de estudiantes estudiamos poco; pero nos divertimos mucho.
LEON. Ya, si; educacion moderna.
GLORIA. Nos gusta fumar.
ROSA. Reir...
NIEVES. Beber...
LEON. Y por supuesto bailar.
GLORIA. ¡Oh! eso á rabiarse... Figúrese usted que hemos organizado para esta noche un concierto con su poquito de baile y máscaras.
LEON. ¿Y dónde vá á ser eso?
GLORIA. En casa de madame Violette, la florista que vive en frente.
NIEVES. Estará brillante.
GLORIA. Se bailarán lanceros.
NIEVES. Habrá una porcion de muchachas lindísimas.
GLORIA. Y virtuosas.
LEON. ¡Hola, hola, hola!
GLORIA. Madame Violette nos ha encargado la lista de los convidados; ibamos á hacerla, cuando hemos sabido que á diez pasos de nosotros existia un compañero, un hermano, un jóven de los mas interesantes, presa de la melancolia y del splin.
NIEVES. Que huye del mundo y sus placeres.
GLORIA. De comun acuerdo hemos jurado arrancarlo á sus sufrimientos, tenderle una mano, y para comenzar ponemos en cabeza de nuestros convidados al señor don Leon de la Selva.
LEON. ¡Eh! ¿Á mí una invitacion de baile?
GLORIA. ¡Cómo! ¿Rehusaria usted...
LEON. Gracias por la intencion, señores. Son ustedes dema-

siado amables; pero no puedo aceptar. Otros proyectos...

- NIEVES. Algun compromiso anterior...
- LEON. Justo; voy á partir.
- GLORIA. ¿Un viaje?
- LEON. (Suspirando) ¡Muy largo!
- NIEVES. Ya se podrá arreglar...
- LEON. Imposible. Tengo el billete tomado, y ademas en ese baile habrá piano y mujeres, no es verdad?
- GLORIA. Ya vé usted... Son elementos indispensables...
- NIEVES. Y para bailar...
- LEON. Entonces, gracias; no puede ser. Voy por distinto lado.
- LOS TRES. Nosotros le seguiremos.
- LEON. Adonde yo quiero ir?...
- GLORIA. A todas partes.
- LEON. ¡Qué escucho! Tanta adhesión...
- GLORIA. Le admira... Y por qué? Entre amigos, entre jóvenes... (Modando de tono.) Vamos, sea usted franco; usted tiene un secreto que debería confiarnos; ¿quién sabe si entre los tres podríamos hallar un remedio á sus males?
- LEON. Ah! Mi buen Arturo, mi querido Adolfo, amable Nicodemus...
- GLORIA. Nicomedes.
- LEON. Si ya sé... ¿qué es lo que me pedis?...
- NIEVES. Saber cuáles son sus penas...
- GLORIA. Sondear sus heridas para derramar en ellas el bálsamo de la amistad... Vamos, ¿por qué aborrece usted las mujeres? ¿qué le han hecho?
- LEON. ¿Qué me han hecho? ¿Quereis que os lo diga? Pues escuchad.

ESCENA XII.

DICHOS, DOS MOZOS DE FONDA, que traen el almuerzo.

UN MOZO. Aquí está esto.

GLORIA. (Llévete el diablo. Cuando nos iba á descubrir...)

LEON. Poned la mesa y marchaos: nosotros mismos nos serviremos. (Los mozos arreglan la mesa, y en tanto dice Leon á ellas.) Hé aqui mi desayuno: ¿quereis partirlo conmigo? Hay para todos. He mandado traer seis cubiertos; y hácia los postres, entre copa y copa... os revelaré el

terrible secreto de mi desgracia.

LAS TRES. Pero...

LEON. Tengo necesidad de confiar mis penas á alguien; las depositaré en vuestro seno. (Enjugando una lágrima.)

GLORIA. ¡Pobre jóven! Me enternece. (Váanse los mozos.)

ESCENA XIII.

GLORIA, NIEVES, ROSA, LEON.

LEON. Ea, tomemos asiento, y una copa de Jerez para abrir la sesion.

LAS TRES. (Corriendo á sentarse.) Bien dicho.

GLORIA. Un poco de galantina?...

LEON. Con mucho gusto. ¡Oh! qué existencia tan triste! (Come.)

GLORIA. Vamos, cuando se tiene delante una perdiz...

NIEVES. ¿Hay perdices?... Guárdame una pechuga.

GLORIA. Y con una salsa que haria resucitar á un muerto.

LEON. (Siempre suspirando.) Encargaré que me la sirvan mañana.

NIEVES. ¿Y por qué no hoy, teniéndola á mano?

GLORIA. ¿Con que usted aborrece á las mujeres?

LEON. ¡Qué si las aborrezco! (Exaltándose.) ¡No! ¡Las adoro! ¡las idolatro! Me vuelven loco.

LAS TRES. (Admiradas.) ¡Ah, ah!

LEON. Quisiera estar solo en el mundo, frente á frente con ellas.

NIEVES. ¡Jesus! (Retrocediendo.)

LEON. Hay una, sobre todas, cerca de aqui, á pocos pasos...

LAS TRES. ¿Y bien?

LEON. Que ha trastornado todo mi ser... que ha destruido mi razon. (Con entusiasmo.) ¡Oh! no es una mujer, no es una hada... No es una divinidad... Está por encima... Es mucho mas... es mil veces mas... Y cuando pienso en ella... ved como me late el corazon, como se me arde la cabeza.

GLORIA. ¿Una mujer?

LEON. Un astro.

GLORIA. (Soy yo.)

NIEVES. (Yo.)

ROSA. (Yo.)

GLORIA. (Á Leon.) ¿Conque vive cerca de aqui?

LEON. En esta misma calle.

LAS TRES. (Ap. sucesivamente.) Yo, yo, yo.

GLORIA. ¿La conocemos nosotros? ¿Cuál es su nombre?

LEON. He jurado no pronunciarle nunca... (visto que no lo sé).

NIEVES. (Es muy discreto.)

GLORIA. ¿Pero quién le impide á usted declararse?

LEON. ¿Quién me lo impide? ¡Ay, amigos míos! Bien se conoce que ignorais el misterio de mi vida, que no comprendéis el ser masculino que está delante de vosotros... Yo os lo diré, porque no me pareceis como los demás jóvenes... ¿Vosotros teneis de aquí? (Llevándose la mano al corazón.)

GLORIA. Caramba, es natural.

LEON. Yo también tengo mas que vosotros, porque ese sexo encantador, merced al cual creo haber venido al mundo, produce en mí un efecto tan prodigioso, que paraliza todas mis facultades. En presencia de los mujeres tiemblo, me estremezco, me ruborizo, no sé lo que me digo; pero por mi negra fortuna, de cuantas mujeres he amado, ninguna me ha correspondido.

GLORIA. ¡Cómo!

LEON. Lo que ois. Voy á daros el facsímil de mi vida y despues juzgareis.

GLORIA. (¡Qué hombre tan original!)

LEON. Cada uno trae su mision á la tierra, yo nací para amar; para amar con amor intenso, volcánico... Yo no sé la razon, pero yo nací para amar á todo el mundo.

GLORIA. ¡Quién lo diría!

LEON. Busqué sin descanso á una mujer que soñé en mis ratos de delirio; pero no la he encontrado.

GLORIA. Seria una ilusion.

LEON. Claro está. Como que hay una barrera levantada entre mí y el bello sexo. Á veces me entretengo en recordar el nombre de las que me han despreciado; para que no se me olviden los he consignado en una lista.

ROSA. Capricho original.

LEON. (Leyendo.) Pepita Ruiz, por delgado, Clara Acebedo, por gordo, por tonto, Amalia Fuentes, por idem Rosario Espejo, por feo Inés Luque.

NIEVES. Pues esa no tenia razon.

GLORIA. ¡Dios eterno! Segun veo el número de calabazas, debe ser...

LEON. Noventa y nueve.

- GLORIA. Ave Maria Purísima.
- LEON. Y he jurado, y lo cumplo como me llamo Leon, suicidarme apenas sume las ciento. Pues bien: ya llegó ese caso; hoy amo á una mujer y con ella cierro mi lista.
- GLORIA. Si usted se declara... tal vez la nueva candidata será mas compasiva que sus predecesoras.
- LEON. No lo espero.
- GLORIA. Pues no me explico una aversion tan general, porque usted es un guapo muchacho y muy rico ademas...
- LEON. Tuve hasta hoy el capricho de ser amado por mí mismo... Pasé por pobre.
- GLORIA. ¿Y qué?
- LEON. Y ví que ninguna me queria.
- GLORIA. Y en parte tuvieron razon. La union mas compacta se forma entre el amor y el dinero.
- LEON. Esa es una doctrina diabólica. Vaya usted á ver el *Tanto por ciento* y aprenda usted allí moral.
- GLORIA. No es tiempo de eso: lo que importa es que sea usted en lo sucesivo mas afortunado.
- LEON. No lo espero.
- GLORIA. Y ¿por qué?
- LEON. Porque yo no puedo ser feliz mas que en sueños.
- GLORIA. ¿En sueños?
- LEON. Si; entonces es cuando me encuentro en medio de fiestas, entre un enjambre de hermosísimas mujeres, con dientes de oro, con labios de perlas, con cabellos de coral, con espaldas de mármol... á mí me gustan descotadas. Pero despierto, y ¡ay de mí!
- GLORIA. Segun eso, todos sus amores han sido...
- LEON. Platónicos. Estoy seguro de que me han de enterrar con palma. (Viéndolas sonreír.) ¡Ah! No podreis decir vosotros lo mismo.
- GLORIA. (Vivamente.) ¡Cómo! Si tal: yo...
- NIEVES. ¡Y yo tambien!
- ROSA. ¡Y yo, vaya!...
- GLORIA. (Interrumpiéndolas y dirigiéndose á Leon.) ¿Y á causa de esa timidez, le inspira á usted tanto horror el mundo?
- LEON. ¡Si! temo en primer lugar á las mujeres, de quienes no puedo hacerme oír... (Vuelve á oírse el piano.) Y en segundo, al piano, que oigo demasiado.
- LAS TRES. ¿El piano?
- LEON. Si; es mi pesadilla. La sobrina de mi patrona tiene uno,

mi frutera otro... No desconfío de que mi lechera se compre otro y le lleve sobre su asno, para acompañar sus armoniosos cantos. ¿Oís, oís? Un aire de los «Maggiars» ¡Siempre así!

- GLORIA. Vamos, don Leon. (Cesa el piano.) El horror al piano, páse; es una plaga de la época; ¡pero á las mujeres!...
- LEON. No quiero que me las nombren.
- GLORIA. Pero habiendo una que tanto le agrada...
- LEON. (¡Casada, Dios mio!) No, no; he reflexionado... No hay en mí ni habrá nunca mas que un ser incompleto, y cuando se tiene la desgracia de no ser feliz... sino durmiendo...
- GLORIA. Es necesario dormir á menudo.
- NIEVES. Dormir mucho...
- ROSA. Dormir...
- LEON. Dormir siempre. (Y cuanto antes... Precisamente el Jerez me ha puesto en camino.) Adios, adios, amigos míos... Os abandono para ir á preparar mi equipaje... Me felicito de haber hecho vuestro conocimiento... que no cultivaré mucho tiempo.
- GLORIA. ¿Por qué no? Ya nos veremos.
- LEON. ¡Quién sabe! (Meneando la cabeza.) Ea, abracémonos.
- NIEVES. ¡Cómo! (Retrocediendo.)
- GLORIA. Sin duda; entre amigos... (Aparte á ellas. Se abrazan.)
- LEON. Si no fuerais hombres no lo habria pretendido, mientras que con vosotros... ya veis el efecto que esto me hace... Estoy tranquilo; mi pulso no late mas ni menos. (Volviéndolas á abrazar.) Podría estar así hasta mañana, y siempre seria lo mismo. (Se dirige á la izquierda y toma sus pistolas.)
- NIEVES. (Á ellas.) ¡Lo que es una preocupacion!
- GLORIA. ¡Y no llevar corsé!
- LEON. (Estrechándoles la mano.) Adios, Arturo, adios, Adolfo, adios, jóven Nicodemus.
- GLORIA. Nico...
- LEON. Si, ya sé. Si quereis cigarros tomadlos de ahí. (Señalando al secreter y mirando á la ventana.) (Y entre tanto, á tí este beso, ángel mio; mi desprecio á tu marido.) Conque... lo dicho, señores... y... buenas noches. (Entra en su cuarto cerrando la puerta.)

ESCENA XIV.

NIEVES, GLORIA, ROSA.

GLORIA. ¡Vaya un ente raro! ¡Adios nuestros proyectos! No sabremos ya ni quién es la que ama... ¡Vá á partir! Pero... yo lo impediré: tengo una idea...

NIEVES. Yo tambien tengo una idea que me asusta...

ROSA Y GLORIA. ¡Cómo!

NIEVES. ¿No habeis observado que se llevó sus pistolas?...

GLORIA. Cuando se vá de viaje... Es muy natural.

NIEVES. Y aquel aire lúgubre al despedirse y aquella voz sepulcral... ¡Ese hombre medita algun siniestro designio!

GLORIA. ¿Crees tú que será capaz?...

ROSA. ¡Ay Dios! Es preciso correr... (Óyese un tiro en la alcoba. Las tres jóvenes lanzan un grito. Gloria cae sobre un sillón, Nieves se apoya en la ventana, Rosa sobre la mesa.)

LAS TRES. ¡Ah! ¡Desgraciado!

ESCENA XV.

DICHOS, LEON, pálido y con las pistolas en la mano.

LEON. No tengais miedo... Soy yo.

LAS TRES. Ah!

GLORIA. ¿No está usted herido?

LEON. No; erré la punteria. Yo estaba perfectamente decidido y me habia puesto delante del espejo para no equivocarme y elegir bien el sitio... Á pesar mio me admiraba y decia... qué lástima de muchacho! Esos bellos ojos van á cerrarse para siempre, esa dulce sonrisa, esa espaciosa frente... Yo me habia identificado tan bien con mi figura que... ¡pum! hice fuego sobre ella, y la bala fué derecha á la cabeza. Buen golpe! ¡El espejo se ha roto en mil pedazos. Pero me queda otro tiro y...

LAS TRES. ¡Deténgase usted!

GLORIA. Si usted persiste... (Agarrándole de un brazo.) voy á llamar á los cívicos.

ESCENA XVI.

DICHOS, MARTA, con una carta en la mano.

- MARTA. Señor Don Leon...
- LEON. Otra vez... usted, señora Marta? ¿qué hay?
- MARTA. Una carta que acaban de traer. (Dándosela y entrando despues en el cuarto de Leon.)
- LEON. Tal vez será de ella... la contestacion á mi tarjeta. (Abriéndola.) No, un convite de baile. (Extrujándola.) «Madame Violette.»
- GLORIA. Esa de quien le habiamos hablado.
- NIEVES. Es necesario que usted vaya.
- GLORIA. Es la sola manera de ver á la que usted adora.
- LEON. ¡Irá ella!
- GLORIA. De seguro, todo el barrio está convidado.
- NIEVES. La familia del comerciante de la esquina, la mujer del boticario... la del escribano...
- LEON. ¡La del escribano!
- GLORIA. Habrá una porcion de mujeres hermosas, las mas lindas de nuestras vecinas...
- LEON. (¡Volver á verla! ¡Una vez mas! Es verdad que está casada; ¡pero esa es una razon para... (Dándose un bofeton.) ¡Ah bribon!)
- LOSTRES. Con que...
- LEON. Acepto; iré. (Salvo siempre el realizar mi plan.) ¿Pero vosotros no me abandonáreis?
- GLORIA. Allí estaremos para darle valor.
- NIEVES. La hablará usted.
- GLORIA. Podrá bailar con ella.
- LEON. ¡Bailar con ella!... ¡Ah, si! ¡Hijo de Citerea, tu protegerás mis pasos!

ESCENA XVII.

DICHOS y MARTA, saliendo del cuarto de D. Leon.

- MARTA. ¡Gran Dios! ¡Qué desórden hay en su cuarto! ¿Qué ha pasado?
- LEON. Casi nada: figúrese usted, señora Marta, que yo estaba asi, delante del espejo (Toma una pistola.) y de repente

sin pensar ¡pum! (Dispara apuntando al interior de su cuarto.
Ruido de cristales rotos.)

LAS TRES JÓVENES. ¡Otra!

LEON. ¡Qué diablo! Creía tenerla descargada...

MARTA. ¡Vaya con la broma! ¿Ha tomado usted acaso mi nariz por blanco?

LEON. ¡Siempre en la frente! ¡Decididamente, soy un tirador de primera! No quisiera batirme conmigo mismo.

LAS TRES JÓVENES. ¿Con que... contames con usted?

LEON. Hasta la noche.

ELLAS. Á las diez.

LEON. Á las diez.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa un salon elegante que dá á otro salon profusamente iluminado. Á la izquierda una ventana, á la derecha una puerta que se supone dar entrada á un gabinete. Muebles de moda.

ESCENA PRIMERA.

CLEMENTINA, DOLORES.

Óyese la última parte de un vals y véñse cruzar muchas parejas por la galeria del fondo. Al mismo tiempo Clementina y Dolores en traje de baile entran en la escena.

DOLORES. Te digo que es él.

CLEM. ¿Quién? En verdad, hermana mia, que empiezas á inquietarme.

DOLORES. Yo te lo diré todo... Si. Tu guiarás mi inexperiencia... Me creen mayor que tú porque eres hija del segundo matrimonio de nuestro padre.

CLEM. (Y porque tengo quince años menos.)

DOLORES. Pero en realidad yo soy la mas jóven.

CLEM. De carácter... es verdad. ¡Tú siempre soñando con adoradores! Apostaría á que tambien ahora se trata de algun desconocido.

DOLORES. Tú lo has dicho... Una figura á lo don Juan Tenorio, que me persigue con el fuego de sus miradas... ¡Ah!

- Clementina, me adora, y yo misma...
- CLEM. ¿Qué dices?
- DOLORES. Yo no le amo, no quiero amarle.
- CLEM. ¿Es ese jóven tan raro y arisco?
- DOLORES. ¡Ah! que tú no has adivinado, como yo, bajo ese exterior frío, un alma ardiente y apasionada, un natural delicado y...
- CLEM. Dolores, recuerda que eres casada.
- DOLORES. Yo respeto á mi marido y no traspasaré nunca... pero, ¡que quieres! Tú lo sabes. Yo nací para la escena. Tersícore me brindaba su trono... tenía un enjambre de adoradores... Entre ellos vino ese hombre á ofrecermelo su mano y su fortuna, y como el empresario no nos pagaba, acepté, sin saber lo que me hacia.
- CLEM. Pues, te sacrificaste; pero en realidad no tienes motivo de queja. Un marido rico, un escribano...
- DOLORES. ¿Qué vale la fortuna sin el amor? (Suspirando.) Tú al menos te casaste con el que habia elegido tu corazon.
- CLEM. Por cierto que mi corazon se equivocó. He sido muy desgraciada. Un jóven pintor, de gran fama, eso sí; pero un loco, que amaba á todas las mujeres, excepto á la suya.
- DOLORES. En fin, te ha dejado viuda y heredera de su caudal... No será mi marido capaz de usar conmigo una atencion tan delicada.
- CLEM. Hermana mia, sé razonable, ya debes tener juicio; y puesto que he venido á pasar contigo algunos dias, quiero emprender tu curacion. ¿Vas á jurarme que olvidarás á ese hombre?
- DOLORES. (Llevándose las manos al corazon.) ¡Espera!
- CLEM. ¿Qué tienes?
- DOLORES. Le siento llegar... Él es... ¡Mi perseguidor! (Arrojándose sobre un sillón y tapándose la cara.)
- CLEM. No, no; es tu marido.
- DOLORES. Esta es la primera vez que ha hecho latir mi corazon.

ESCENA II.

DICHOS, D. TORIBIO en anticuado traje de baile.

- TORIBIO. (Mirando con los lentes á derecha é izquierda.) ¿Adónde diablo habrá ido mi mujer? ¿No han visto ustedes á mi mujer? (Viéndola.) ¡Ah! Gracias á Dios. Una hora hace

- que os ando buscando. ¿No hay aquí nadie, eh?
- CLEM. Ya lo estás viendo.
- DOLORES. Á no ser que algun silfo galante nos vaya siguiendo.
- TORIBIO. No, yo no creo en los espíritus; pero sí en los mortales, en esos pícaros mortales que conspiran sin cesar contra los pobres maridos.
- DOLORES. Siempre te has de figurar que se ocupan de tí.
- TORIBIO. Para engañarme... Tengo esa fatuidad.
- CLEM. Por Dios, cuñado; nos ahogabamos en el salón y hemos venido aquí á respirar un momento. ¿Qué hay en eso de particular?
- TORIBIO. Nada, nada... Pero yo soy ya perro viejo... Nosotros los escribanos tenemos una nariz para esas cosas que... ¡Harto sé que Cupido es ciego. Pero yo no soy Cupido!
- DOLORES. (Ni mucho menos.)
- TORIBIO. Y apostaría á que no habeis venido á esta reunion sin un motivo secreto.
- CLEM. (Bajo á Dolores.) ¿Lo ves? Ya sospecha...
- TORIBIO. Por de pronto, un baile en casa de una florista...
- DOLORES. Hoy día se baila en todas partes.
- TORIBIO. Si, si; parece que á todo el mundo le ha picado la tarántula.
- DOLORES. ¿Y qué mal hay en bailar? Á veces en un salón se encuentra...
- TORIBIO. ¡Lo que se busca! ¿No es verdad, señora?
- DOLORES. ¿Qué quiere usted decir, caballero?
- CLEM. Cuñado...
- TORIBIO. Yo me entiendo; yo sabré quién es ese Adonis.
- CLEM. (Bajo á Dolores.) ¿No te lo decia yo?
- TORIBIO. ¡Oh! ya estoy sobre sus huellas!
- DOLORES. (Bajo á Clementina.) ¡Cielo!
- TORIBIO. Ya sé su nombre. Esta tarjeta, con su enorme doblez, lo cual prueba la mala intencion del sujeto, me lo dice... Oh! Ya me las pagará.
- DOLORES. ¿Es posible que asi se atormente á una pobre muchacha?
- CLEM. Esos celos son ridiculos.
- TORIBIO. Es verdad. Perdon. (Mirando á su mujer.) Cuanto mas la miro, menos comprendo; pero á fuerza de coqueteria? y luego, cuando se han hecho tantas piruetas bien pue-, de á una mujer resbalársele un pié.
- DOLORES. Bien lo mereceria usted.
- TORIBIO. ¿El qué?

- DOLORS. Que ese jóven estuviere aqui... Cerca de mí.
TORIBIO. Un jóven... Con que hay un jóven?... usted lo confiesa.
CLEM. (Bajo á Dolores.) ¡Cuidado!
DOLORS. ¡Pues qué! ¿He hablado yo de algun jóven?
TORIBIO. ¡Ah! bien decia yo! Nosotros tenemos una nariz para eso...
DOLORS. La culpa no es mia. ¿Conozco yo á jóven alguno? ¿Hablo yo con algun jóven? ¿Á ver dónde está ese jóven? Hágame usted el gusto de enseñarme ese jóven.
TORIBIO. Eso quisiera usted.
DOLORS. ¿Entonces, á qué vienen esas andróminas?
TORIBIO. ¿Cómo? Usted quiere sostener que soy yo, mientras que por el contrario... pues se necesitaría que fuese muy necio para... Ahí está, que diga su hermana de usted. (Embrollándose.) Esto es, en la hipótesis de... Vamos, yo no sé lo que me digo.
CLEM. Todo ello no vale la pena...
TORIBIO. Nada, que se vea quién de nosotros dos es el que ha sacado á relucir á ese jóven.

ESCENA III.

DICHOS, LEON, en traje de baile.

- LEON. (Desde el fondo.) Mil gracias.
DOLORS. (Viéndole y pasando por delante de Clementina.) Es él.
TORIBIO. (Creyendo que ella le contesta.) No, no soy yo.
CLEM. (Encubriendo á Dolores y al ver á Leon.) ¡Dios mio!
LEON. (Viendo á Clementina.) ¡Es ella!
TORIBIO. (Creyendo que es Clementina quien le responde.) Ciertó que es ella.
LEON. ¡Me ha mirado! ¡Yo desfallezco!
TORIBIO. (Viendo á Leon.) ¿Quién es ese quidam?
LEON. (Queriendo alejarse tropieza con D. Toribio, retrocede escusándose y pisa el vestido de doña Dolores; retrocede de nuevo y pisa á D. Toribio.) ¡Perdon! ¡Mil perdones!
TORIBIO. ¡Voto á San Judas!
LEON. ¡No hay de qué! caballero.
TORIBIO. ¡Se burla de mí! Me estropea un callo y me dice ¡no hay de qué!
LEON. (Después de bambolearse, cayendo en un sillón.) ¡Es el marido!

TOR. (Mirándole de soslayo.) ¡Hum! ¡Torpe!
CLEM. (Tomando del brazo á Toribio.) Vámonos de aquí.

ESCENA IV.

LEON.

Se aleja con su marido; y yo me habia prometido ser esta noche un Lovelace, un don Juan Tenorio... y á este fin traia preparada una declaracion escrita con encendida lava, que pensaba deslizar en su mano, cuando ha dicho «vámonos de aquí». ¡Elocuencia malograda! (Reparando en un pañuelo que Dolores habrá dejado en el sillón.) Pero, ¡qué ve! ¡Un pañuelo! Este blanco y diáfano cendal, que exhala tan dulces perfumes, debe ser de ella; si, estas son sus iniciales. (Besando el pañuelo.) Ven aquí, sobre mi corazon, sube hasta mis labios, y despues baja hasta mi bolsillo, (Guardándolo.) quiero sustraerte á las miradas indiscretas. Pero, ¡qué idea! Si introdujese aquí mi declaracion. (Ata en el pañuelo el billete.) ¡Oh, sí! Es necesario buscar un medio ingenioso... Si estuvieran aquí esos tres endiablados muchachos, ó siquiera Nicodemos, me dirian como... ¿Qué diablos se habrán hecho? Apenas entramos me dejaron plantado, y desde entonces, abandonado á mí mismo, he visto tantos cabellos rubios... tantas pestañas negras, que estoy ya deslumbrado. ¡Oh! ¡Todavía mas mujeres! ¡Qué vá á ser de mí, ¡Dios mio!

ESCENA V.

LEON, GLORIA, NIEVES, ROSA, en traje de baile correspondiente á su sexo.

GLORIA. Veamos si nos reconoce.

LEON. ¡Y son tres! ¿Qué hacer contra tres? (Le vuelve la espalda.)

GLORIA. Galante caballero. (Ap. á ellas.) Digámosle flores.

LEON. ¿Eh?

GLORIA. ¡Qué talle tan elegante!

LEON. ¡Uf!

NIEVES. ¡Qué aire tan distinguido!

LEON. ¡Perdon! Piedad de un desgraciado. No puedo resistir el resplandor de vuestros ojos... ¡Dejadme que huya!

GLORIA. ¿Sin dar una vuelta de wals?

- NI. VES. ¿Ó de polka?
- LAS TRES. ¡Crue! (Echándose á reir.) ¡Ah ah! ah!
- LEON. ¡Cómo! (Levantando la vista.) ¡Señor Arturo! Caballero Adolfo. Amigo Nicodemos.
- GLORIA. ¿Adivina usted por qué hemos tomado este traje?
- LEON. Yo, no.
- GLORIA. Pues es muy sencillo. Como las mujeres le inspiran miedo... hemos pensado que rodeándole de amigos, de camaradas, bajo este disfraz...
- NIEVES. Se iría acostumbrando...
- GLORIA. Y cobraría el valor necesario, para decir á la que ama: «Tú eres la que yo adoro».
- LEON. (Repitiéndolo maquinalmente.) Tú eres la que yo adoro.
- LAS TRES. (Vivamente.) ¡Cómo! Soy yo?...
- LEON. No, no, ensayaba lo que habeis dicho.
- LAS TRES. ¡Ah!
- LEON. Pero es igual: es una idea magnífica la que habeis tenido; y voy á daros un abrazo en recompensa.
- NIEVES. Pero...
- ROSA. Caballero...
- LEON. ¡Bah! Por qué llevais ese traje, vais acaso á ruborizaros?
- GLORIA. ¿Qué tal le parecemos á usted?
- LEON. No estais mal... Sobre todo... de lejos el traje produce su efecto.
- LAS TRES. (Picadas.) ¿De veras?
- LEON. Por lo demas, es claro que no podeis tener ese encanto, ese no sé qué de las verdaderas mujeres.
- LAS TRES. (Haciendo dongues.) ¡Cómo! usted cree...
- LEON. Pero, no importa: bailaré con vosotros, ceñiré vuestra cintura... Como sé que esto no me produce efecto... seré muy atrevido. (Deteniéndose.) Y bien; cuando os veo así, me recordais...
- GLORIA. (Vivamente.) La pasion que tanto nos ha ponderado. (Bajo á las otras.) Cuando yo os decia que una de nosotras... (Alto.) Y ¿quién es esa feliz mortal? Rosa?
- ROSA. ¿Nieves?
- NIEVES. ¿Gloria?
- LEON. ¡Gloria! Esos serán vuestros nombres de guerra (Riéndose.) ¡Demonio de farsantes! Y qué nombres han ido á buscar.
- GLORIA. ¿Pero en fin, cuál?

- LEON. No ós lo puedo decir... en cambio os voy á hacer la corte para aprender...
- GLORIA. (Vivamente.) Eso es: dirijase usted á mí.
- ROSA. No: á mí.
- NIEVES. Ó á mí.
- LEON. Á todas tres á la vez.
- GLORIA. ¡Conquistador! (Con tono muy sentimental; Suspirando.) Á este tierno y dulce suspiro, ¿qué siente su corazón?
- LEON. Pst...
- ROSA. Esta mirada que el amor inspira, ¿no parece decirle á usted: «Sé mi dueño, sé mi vencedor?»
- LEON. Pst... Pst.
- NIEVES. Esta manó tímida y temblorosa...
- GLORIA y ROSA. Busca la suya. (Tendiéndole ambas la mano.)
- NIEVES. (Acercándose a las narices.) ¡Cómo! Cuando se la presentan á usted no se apresura á estrecharla?
- LEON. Yo no hago caso...
- GLORIA. (Picada.) Desdeña, quizás...
- LEON. ¿Voy yo á sofocarme para besar la mano á estos galopines? ¡No faltaría más!
- GLORIA. No sabe usted lo que pierde.
- NIEVES. Se ha de morder usted las uñas.
- LEON. No, yo sé lo que verdaderamente sois, y eso me quita toda ilusión.
- GLORIA. (Bajo á las otras.) ¡Qué estúpido!

ESCENA VI.

DICHOS, TORIBIO.

- TORIBIO. (He visto tres muchachas encantadoras, divinas... ¡Oh! Ellas son.)
- LEON. La culpa es vuestra, que anticipadamente habeis destruido toda ilusión.
- GLORIA. No importa, queremos hacerle feliz á pesar suyo.
- NIEVES. Béseme usted la mano.
- LEON. Antes morir...
- TORIBIO. (Poniéndose en el lugar de Leon.) ¡Que consentir tiranos!... ¡Por qué así, tiernas sílfides?... (Besándoles la mano á las tres.) Yo no me haré tanto de rogar.
- LAS TRES. ¡Caballero!...
- LEON. (¡El Escribano!)

- TORIBIO. ¡Es tan dulce ser esclavo de las gracias! ¡Abandonarse á sus cadenas!
- GLORIA. (¡Ay qué gestos hace!)
- LEON. (¡Bravo! ¡Las ha tomado por mujeres!)
- TORIBIO. Seria capaz de todo por tan lindas muchachas.
- LEON. (Aparte á ellas.) Hay que darle cuerda, así nos divertiremos.
- GLORIA. ¡Cómo!
- LEON. (Ap. á ellas.) Dejaos abrazar.
- NIEVES. ¡Caracoles!
- GLORIA. Si al menos le conociéramos...
- TORIBIO. Nada he visto tan fresco, tan gracioso... Daria una docena de expedientes por una sonrisa vuestra.
- GLORIA. ¡Expedientes! ¡Paga usted sus deudas con esa moneda?
- LEON. (Ap. Toribio.) Firme con ellas.
- TORIBIO. (Id. á Leon.) ¿Son amables?
- LEON. Si.
- TORIBIO. ¿Podrá uno aventurarse?
- LEON. ¡Pues no!
- TORIBIO. Hermosas niñas... (Abrazándolas á todas.)
- GLORIA. ¡Horror!
- NIEVES. ¡Qué audacia!
- ROSA. ¡Qué traicion!
- LEON. (¡Qué bárbaro! ¡Pues no las toma por mujeres!) ¡Já! ¡já!...
- GLORIA. Ya nos la pagará usted, señor don Leon.
- TORIBIO. ¡Leon! ¡Leon de la Selva tal vez?
- GLORIA. El mismo.
- TORIBIO. (¡Ah! Este es mi hombre, ó mejor dicho el de mi mujer.)
- NIEVES. ¿Qué le ha dado que se pone rojo?
- ROSA. Y amarillo.
- GLORIA. Y verde, como los loros.
- LEON. (¿Habrá interceptado mis miradas á su consorte?)
- TORIBIO. Perdonen ustedes, amables niñas... tengo que decir dos palabras á este caballero...
- GLORIA. Vamos al salon. (Á Leon.) Contamos con usted para la polka.
- NIEVES. Y para la schotis.
- ROSA. Y para el rigodon.
- LEON. Si, señores... quiero decir, señoritas...

ESCENA VIII.

TORIBIO, LEON.

TORIBIO. (Abordemos la cuestion.)

LEON. ¡Qué horriblemente feo es! Cuando uno tiene esa figura, la policia no debiera dejarlo salir á la calle: las mujeres pueden verle y se compromete el porvenir de la especie.)

TORIBIO. (De buena gana le romperia un baston en las costillas.)

LEON. ¡Con qué gusto le haria disecar!

TORIBIO. ¿Señor don Leon de la Selva?...

LEON. Á las órdenes de usted, señor don...

TORIBIO. Toribio: Toribio de la Cabeza.

LEON. ¿Podré saber?...

TORIBIO. Debo á usted una visita, y me apresuro á devolvérsela. (Dándole la tarjeta.)

LEON. ¡Cómo!

TORIBIO. ¿No recuerda usted que me dejó una tarjeta esta mañana?

LEON. ¡Ah! Si.

TORIBIO. Debía habérsela devuelto por el mismo conducto, es decir por la ventana; pero respeto la propiedad, y no he querido romper los cristales. Vengamos al hecho. Yo he notado que usted está constantemente con la vista fija sobre mis balcones, como el tigre acechando al cordero; y como no tengo la presuncion de creer que sea por mí...

LEON. Hace usted muy bien.

TORIBIO. Es preciso que ponga un término á su espionaje.

LEON. ¿De qué manera?

TORIBIO. No asomándose mas á la ventana.

LEON. ¡Cómo! Pagaria yo veinte reales de pupilaje por un gabinete con balcon á la calle para no servirme de él?...

¡Ah! No señor. Quiero conservar el derecho de abrir mi balcon, aunque no sea mas que para tener el gusto de arrojarle á usted por él, si alguna vez me honra con su visita.

TORIBIO. ¡Caballero!

LEON. ¡Señor don Toribio!

- TORIBIO. Hombre, me carga hasta que me llamen Toribio.
- LEON. Hay cosas providenciales.
- TORIBIO. Renuncie usted á su propósito.
- LEON. Jamás. (Saca un pañuelo para enjugarse el sudor.)
- TORIBIO. (Tomando una punta del pañuelo.) ¡Qué veo! El pañuelo de mi mujer.
- LEON. ¡Demonio!
- TORIBIO. Si: lo reconozco: ese pañuelo es el suyo... los escribanos tenemos una nariz... ¡Qué infamia! ¡Ella se lo ha dado á usted?
- LEON. Bien merecido lo tendria usted, Otelo del Norte, pero lo he encontrado allí.
- TORIBIO. ¡Y se lo guarda!... Devuélvamele usted.
- LEON. Pruébeme antes que le pertenece. No basta decir este es el pañuelo de mi mujer. Si con solo decir esto cada uno le diera el suyo, seria un ingenioso medio de surtir su guardarropa.
- TORIBIO. Basta enseñar la marca.
- LEON. ¿La marca?
- TORIBIO. Si. D. F. de C.
- LEON. ¿Y qué significan D. F. de C?
- TORIBIO. Dolores Fuertes de Cabeza.
- LEON. ¿Qué dice usted? ¡Dolores de mi alma! ¡Dolores de mi corazon! Ah mi querido señor Cabeza! ¡Cuánto se lo agradezco á usted! ¡Su nombre era lo único que yo ignoraba, y usted acaba de revelármelo!
- TORIBIO. ¡Bestia de mí!
- LEON. (Dándole el pañuelo.) Tome usted. (Mi billete está en una punta... asi se lo remito por su propio marido... ¡Magnífico!)
- TORIBIO. Ahora vá usted á prometerme no acercarse á mi mujer, no mirarla, no bailar con ella...
- LEON. ¿Y por qué nó, si baila bien?
- TORIBIO. ¡Yo lo creo! como que ha sido bailarina.
- LEON. ¡Otro dato que yo ignoraba!
- TORIBIO. (Torpe de mí.) Usted no bailará con ella, porque á mí no me acomoda.
- LEON. ¿Si? Pues voy á invitarla en su presencia, en sus barbas.
- TORIBIO. Se lo prohibo á usted expresamente.
- LEON. ¿Tú me lo prohibes? Razon de mas.
- TORIBIO. Y le prohibo tambien que me tutee.
- LEON. ¿Tú me lo prohibes? ¡Pero ignoras que uno de los dos

debe desaparecer de la superficie del globo?... (Zarandeándole.)

- TORIBIO. ¡Cuidado! Que me vá usted á romper algo.
LEON. ¿Y que yo deseo que seas tú el que desaparezca?...
TORIBIO. Que me hace usted daño.
LEON. ¿Para casarme con ella en segundas nupcias?
TORIBIO. ¿Usted casarse con mi mujer? ¿está usted loco?
LEON. ¿Loco yo? Ese es un insulto: salgamos.
TORIBIO. No deseo otra cosa. ¿Dónde vamos á ir?
LEON. Al campo, á rompernos el alma.
TORIBIO. Sea enhorabuena.
LEON. ¿Acepta usted el desafío?
TORIBIO. ¿Yo? Voy á consultar el Código; y si este me lo permite...
LEON. No, yo no me separo de usted.
TORIBIO. Acabemos. Váyase usted con dos mil diablos.
LEON. Nuevo insulto... Esto no puede quedar así... (Con rapidez.)
¿Hora?... el tercer molino... ¿Sitio? la espada... ¿Armas? dentro de diez minutos.
TORIBIO. Pero...
LEON. Salgamos. (Ambos gesticulan como si disputaran acaloradamente mientras salen Gloria, Nieves y Rosa. Despues, cuando el diálogo lo marque, sale un criado con una bandeja, donde habrá vasos de ponche.)

ESCENA VIII.

DICHOS, GLORIA, NIEVES, ROSA.

- LAS TRES. ¡Una disputa!
NIEVES. Por alguna mujer.
GLORIA. ¡Cuando yo os decia que esto acabaria mal!...
LEON. ¡Á mí loco! ¡Á mí!...
TORIBIO. Serénese usted...
GLORIA. (Á D. Toribio.) *Madame Violete* suplica á usted tenga la bondad de ir al salon para acompañar al piano á un joven que quiere cantar una romanza. (Á ver si logro separarlos...)
LEON. ¡Cómo! ¿El señor toca el piano?
TORIBIO. Si que lo toco.
LEON. Me dará usted una satisfaccion.
TORIBIO. Va veremos... ya veremos... (Váse.)

ESCENA XI.

LEON, ROSA, NIEVES, GLORIA.

- GLORIA. ¿Pero de qué se trata?
- LEON. De una sonata á cuatro manos sobre las costillas de ese orangután.
- NIEVES. ¿Un duelo?
- LEON. Porque soy tímido con las mujeres se figura que... Pero con los hombres ya es otra cosa... Mataria una docena antes que resolverme á estrechar una mano femenil... Y no es porque me faltan ganas... ¡bien lo sabe Dios!
- GLORIA. ¿Pero qué le ha hecho á usted?
- LEON. ¿Qué me ha hecho? Me prohíbe mirar á la que amo.
- GLORIA. ¿La ha visto usted?
- LEON. Un solo instante me ha bastado para adivinarla.
- GLORIA. (Ap. á ellas.) No ha creído en nuestro disfraz.
- NIEVES. Por una de nosotras ha sido la cuestion.
- LEON. (Paseándose á grandes pasos.) ¡Me prohíbe sacarla á bailar!... ¡Oh! ¡Es preciso que esto se verifique! Si no, quedo deshonorado. (Toma un vaso de ponche en cada mano.)
- GLORIA. Es evidente.
- LEON. ¿No es verdad? (Tomando otro vaso.)
- NIEVES. ¡Pues! Salta á los ojos.
- LEON. ¡Claro! (Toma otro: lo apura y deja los dos vasos, el Criado los coloca en la bandeja.) Pero no ha de vanagloriarse... Me voy á declarar á ella...
- LAS TRES. ¿Á declararse?
- LEON. Si. (Toma otro vaso.) El caso es animarse...
- NIEVES. ¡Justo!
- LEON. (Bebiendo el último.) Y adelante. (Al Criado.) ¿Ya no hay mas? Pues llévate los vasos.
- GLORIA. En fin, ¿está usted resuelto?
- LEON. (Mirándolas expresivamente.) ¿Que si lo estoy? ¡Al diablo la timidez! Despues de todo ella no me comerá.
- LAS TRES. ¡Ah! no.
- LEON. Y puesto que está cerca de mí...
- GLORIA. (Ya le veo venir.)
- NIEVES. (El corazon me late.)
- LEON. Corro á decirle lo que mi billete le habrá ya revelado. (Váse corriendo.)

ESCENA X.

NIEVES, ROSA, GLORIA.

LAS TRES. ¡Cómo!

GLORIA. ¡Se vá!

NIEVES. No era yo.

ROSA. Ni yo.

GLORIA. Ni yo. (La música toca dentro unos compases de wals.)

NIEVES. ¡Indigno!

ROSA. ¡Monstruo!

GLORIA. Si no tuviera compromiso para este vals, me marchaba.

NIEVES. Si no temiera estropear mi vestido, me desmayaba.

GLORIA. ¿Pero quién será la pérfida que nos roba su corazón?
Desearia conocerla para sacarle los ojos. (Cesa la música.)

NIEVES. Espera... tengo una idea.

ROSA. Habla.

NIEVES. ¿Recordais sus últimas palabras? «Corro á decirle lo que mi billete le habrá ya revelado.»

LAS OTRAS DOS. ¿Y qué?

NIEVES. (Señalando por la puerta del foro.) No veis en el hueco de aquella ventana una mujer que deslia misteriosamente la punta de su pañuelo y saca un papel doblado?

GLORIA. Es ella.

ROSA. ¿Y esa mujer quién es?

NIEVES. ¿Quién? (Bajan al proscenio.)

ESCENA XI.

DICRAS, CLEMENTINA, apareciendo en la puerta del foro.

GLORIA. Si, dilo.

NIEVES. Nuestra vecina, la mujer del escribano.

CLEM. (¡Qué oigo! Hablan de mi hermana.)

NIEVES. Esa es la que adora.

GLORIA. ¡Una vieja! Verdaderamente esto es incomprendible.

CLEM. (¡Dios mío! ¡Esto se vá haciendo público!)

GLORIA. En definitiva, puesto que no merecemos su atención...

NIEVES. ¡Qué horror! ¡Una mujer casada!

GLORIA. Es menester decírselo á todo el mundo, bajo secreto, y

ademas prevenir al marido.

- CLEM. (¡Un escándalo!)
NIEVES. Si, corramos...
CLEM. (Presentándose.) Señoritas, *Madame Violete* preguntaba por ustedes.
ROSA. Vamos allá.
NIEVES. Luego organizaremos la intriga. (Vanse Nieves y Rosa.)

ESCENA XII.

CLEMENTINA y GLORIA.

- CLEM. (Deteniendo á Gloria.) Una palabra, señorita.. Pero ¿no habia yo reparado...? ¿Qué tiene usted, hija?
GLORIA. Nada, señora, es que... lloro de despecho y de cólera.
CLEM. ¿Y qué puede hacer correr las lágrimas de una muchacha tan bonita?
GLORIA. ¿Verdad que no soy fea? Pues mire usted, lo que es él no muestra apercebirse de ello.
CLEM. ¿Quién?
GLORIA. Él, ese monstruo.
CLEM. ¿Don Leon de la Selva?
GLORIA. ¡Cómo! ¿usted sabe?
CLEM. La casualidad me ha hecho conocer vuestro secreto; y no puedo comprender cómo ese jóven no le concede á usted la preferencia.
GLORIA. Eso esperaba yo, porque en fin, ya vé usted. Pero se conoce que ama las antigüedades.
CLEM. Tranquílese usted. Respecto á eso voy á quitarle toda esperanza.
GLORIA. ¿Qué dice usted? (Con alegría.)
CLEM. (Es el solo medio de salvar á mi hermana.) Con dos palabras que le diga...
GLORIA. ¡Ah! ¡Dios mio! Él es.
CLEM. Aléjese usted y no haya miedo. Yo espero que pronto tendré nuevas felices que poderle dar.
GLORIA. Qué buena es usted. (Se retira á la puerta del foro y permanece á la vista del público.)

ESCENA XVI.

CLEMENTINA, LEÓN.

LEÓN. (Ignoro qué ha sido de ella... Es igual. Su tirano de Pádua no me fastidiará mas con su piano. Al pasar por un corredor oscuro hice como que le tomaba por un gaban, y lo arrojé en el guardaropa, echándole la llave. El ruido de la orquesta impedirá oír sus lamentos.)

CLEM. Caballero...

LEÓN. ¡Oh! Es ella... mas resplandeciente que nunca.)

CLEM. Una palabra... los momentos son preciosos... podrian sorprendernos...

LEÓN. (¿Vendrá tal vez á hacerme una declaracion? ¡Mis pier-nas flaquean!...

CLEM. Este paso le parecerá á usted extraordinario...

LEÓN. (Desconcertado.) ¿A mí?... ¡Ah! sosténgame esta silla.)
(Se deja caer en una silla.)

CLEM. Pero las circunstancias me servirán de excusa.

LEÓN. (Tiembla de su marido.)

CLEM. Hay una mujer, á quien usted persigue con sus mi-radas.

LEÓN. (Comprendo la alegoria.)

CLEM. Por lisonjera que le sea tal conquista, esta mujer, ca-ballero, tiene deberes que guardar, deberes que le son muy caros, y le juzga á usted demasiado galante para quererla comprometer.

LEÓN. ¡Comprometerla!... ¡Dios mio! Yo que daría mi vida por ella, si fuese posible... porque... pero esto no puede ser... Siempre que pienso en ello, me digo imbécil, tú sabes bien que esto no puede ser, á menos sin embargo, que fuera posible... Este es mi sueño... Esta es mi ambicion... porque si la cosa pudiera ser... pero bien conozco que no es posible.

CLEM. (En verdad que este señor tiene una manera singular de dar conversacion.) En resumen, caballero, ella le su-plica á usted que no la siga mas... que no la mire..

LEÓN. (Con arrebató levantándose.) ¡Que no la mire! ¡Oh! ¡Dios! Si yo tuviera valor... Tanto peor, le tendré... lo quie-ro... lo necesito... Mas para esto que yo no la vea...

- (Volviéndole la espalda.) ¡No mirarla mas!... Es esto posible cuando su imágen encantadora está siempre delante de mí?
- CLEM. (¿Se concibe que mi hermana inspire á su edad semejante pasion?)
- LEON. (Siempre de espaldas á Clementina.) Que ella se mire al espejo.
- CLEM. ¡Caballero!
- LEON. Que admire esa frescura.
- CLEM. (Ya está fresco.)
- LEON. Esa imágen de una primavera eterna.
- CLEM. (¿Cómo la habrá visto este hombre?)
- LEON. Y que se diga á sí misma, si es posible no adorarla.
- CLEM. (¿Si estará hablando de otra?)
- LEON. ¡Oh! ¡Sin igual Dolores!...
- CLEM. (Ya no hay duda.)
- LEON. ¡Cuánto te amo, Dolores mia!
- CLEM. ¡Pero señor!
- LEON. Yo no puedo vivir sin Dolores.
- CLEM. No grite usted.
- LEON. ¡Y no será usted quien me la haga olvidar!
- CLEM. (¡Qué groseria!) (Alejándose.)
- LEON. (He ahí una lisonja escogida. Me parece que la habrá entendido.)

GLORIA. (Saliendo al encuentro á Clementina.) ¿Qué me dice usted, señora?

CLEM. ¡Ah! ¡Pobre niña! Renuncio á todo y la compadezco á usted por amar á semejante loco. (La besa en la frente y sale en el momento en que se ha vuelto Leon: este la vé dar el beso.)

ESCENA XIV.

LEON, GLORIA, después NIEVES y ROSA.

LEON. ¡Furia y muerte! La he visto besar á Nicodemus. Aquí vá á pasar alguna cosa terrible. (Deteniendo á Gloria que vá á salir.)

GLORIA. Está usted alterado.

LEON. ¡He bebido catorce vasos de ponche!... Pero no es de esto de lo que se trata. ¿Es usted su amante? (Con tono trágico.)

- GLORIA. ¿Cómo?
LEON. ¿Es usted su amante? ¿Responda usted categóricamente.—Si ó no?
- GLORIA. (Queriendo salir.) ¡Eh! No me fastidie usted.
LEON. No saldrá usted de aquí sin haberme satisfecho. (Dete niéndola.)
- GLORIA. Así. (Dándole un bofetón.)
LEON. ¡Un bofetón! Señorita, usted es un...
NIEVES. (Llegando.) ¡Ah! te buscaba. (Á Gloria.)
LEON. Adolfo nos servirá de testigo. (Dirigiéndose á Nieves.) Fíjese usted, querido...
- NIEVES. (Dándole un bofetón.) ¡Eh! Déjeme usted en paz.
LEON. ¡Él también!... ¡Tenga usted amigos! Señorita, usted es un...
- ROSA. (Apreciendo.) ¡Ah! os hallo aquí.
LEON. (Dirigiéndose á Rosa.) ¡Ah! querido Arturo!...
ROSA. (Dándole un revés.) No me vuelva usted jamás á dirigir la palabra.
- LEON. ¡Tres bofetones!... ¡Tres lances... Bravo! ¡Tanto mejor. (Apretándose la mano alternativamente.) Vamos á degollarlos, á exterminarnos.
- GLORIA. ¿Qué es lo que dice?
LEON. Principiaré por Nicodemus, que es el que primero me ha insultado.
- NIEVES. (Ap. á Leon.) ¿Puede acaso una linda mano ofender jamás?... Sepa usted que es una mujer.
LEON. ¡Una mujer!... ¿Él?...
- NIEVES. No hay mas que ver ese torneado brazo, ese lindo pié...
LEON. ¡Calla!... ¡Pues tiene razon! Ya habia yo notado... Entonces es usted quien me dará satisfaccion, señor Adolfo.
- ROSA. (Ap. á Leon.) ¿Qué piensa usted? Es una mujer...
LEON. ¡Él también!
- ROSA. No hay mas que ver esos largos cabellos.
LEON. Y que no son postizos. (Alto.) Entonces, señor Arturo, salgamos de aquí nosotros dos.
- GLORIA. (Ap. á Leon.) ¿Ha perdido usted la cabeza? ¡Si es una mujer!
LEON. (Fuera de sí.) ¿Otra te pego? ¡Canario! ¡Esto es demasiado! Si fuera uno á creerles bajo la palabra, no habria mas que mujeres en el mundo. No basta, señores, decir: ¡yo soy mujer!... ¡yo soy mujer!... Es necesario...

LAS TRES. (Adelantándose hácia él y mirándole fijamente.) ¿Lo duda usted?

LEON. ¡Ah! no... Asi debe ser, porque vuelvo á sentir mis antiguos temblores... Tres criaturas angelicales que yo he desconocido, que casi he despreciado!... En guardia, voy á tomar la revancha. (Corre á abrazarlas.)

GLORIA. (Escapándose con las otras.) ¡A buena hora! Ya es tarde.

ESCENA XV.

LEON, D. TORIBIO, que sale en traje grotesco de máscaras.

LEON. Veremos... Con un poco de ingenio... (Echa á correr tras ellas y creyendo abrazar á una cae en los brazos de D. Toribio que sale á este tiempo.)

TORIBIO. ¡Por vida del!... Se tiene más cuidado.

LEON. ¡Calle! ¿Es usted? Buenas noches.

TORIBIO. ¿Dónde está mi mujer? ¿Qué ha sido de mi mujer?

LEON. ¿Y usted me lo pregunta? ¿Cree usted que yo la lleve en algun bolsillo?

TORIBIO. Es verdad... De algun tiempo á esta parte no hago mas que tonterias. Hay para volverse uno idiota.

LEON. (Ese trabajo está ya hecho.)

TORIBIO. Hace dos horas que trato de desembarazarme... Figúrese usted que la multitud me arrojó en un corredor completamente oscuro.

LEON. Hácia el guardarropa.

TORIBIO. Me encierran en él... pero era preciso salir... Tomó á mi vecino por el brazo y le digo: «caballero, usted conocerá mejor que yo las salidas: tenga usted la bondad de conducirme...» Y el vecino callaba. Es una groseria, añado... El mismo silencio... Lo agarró, lo traigo á la luz... y... era un gaban con quien yo estaba manteniendo conversacion.

LEON. ¿Y yo qué tengo que ver?

TORIBIO. ¿Y acaso hablo yo con usted? Digo... (La verdad es que aquí no hay nadie mas que él y mi sombrero...) Es decir... tampoco está el sombrero... Ha desaparecido como mi mujer... ¿Dónde está mi sombrero?

LEON. ¡Este hombre lo pierde todo! Vaya usted por otro lado...

TORIBIO. Si; para que le deje buscar á mi mujer.

LEON. Es verdad... Allí está... Yo no la veía... doy á usted las gracias.

TORIBIO. Ni quiero que la vea.

LEON. ¿Sabe usted lo que le he prometido?

TORIBIO. ¿Sabe usted lo que le he prohibido?

LEON. Quiero hacerle rabiár.

TORIBIO. Eso es lo que vamos á ver. Me pongo á su lado y no le abandono.

LEON. (Viendo llegar á Clementina.) ¡Oh! ¡Qué hermosa!... (Pero siempre al lado de la vieja... Esto me desespera...)

(Á un criado que trae una bandeja.) Ven acá. (Bebe.)

ESCENA XVI.

DICHOS, CLEMENTINA, DOLORES, NIEVES, GLORIA, ROSA, CONVIDADOS, CRIADOS que van y vienen con bandejas.

LEON. (Acabando de beber.) ¡Ya me siento en buena disposicion... Todo lo veo de color de rosa... ¡Ah!, viejo orangutan! ¡Me prohibes acercarme á tu mujer!... Espera...

CLEM. (Á Toribio.) Ya sabes que estamos comprometidos para los lanceros...

TORIBIO. ¡Qué locura! ¡Bailar un escribano!

DOLORES. (Allí está.. No quiero verle.) (Clementina se acerca á Dolores.)

LEON. (Aproximándose sin mirar.) (¡Este es el momento! solo que para no ser descconcertado por el fuego de sus ojos, no la miraré. (En este momento Dolores ocupa el sitio de Clementina.) ¡Valor!) (Con los ojos bajos á Dolores.) Señora, quiere usted ser mi pareja?

DOLORES. Con mucho gusto. (La educacion me lo ordena.)

TORIBIO. ¿Cómo? ¿Qué? (Volviéndose hácia ellos.)

LEON. (Á Toribio ap.) Rabia.. (Á Dolores, que sigue tomando por Clementina.) Señora, usted me hace el mas feliz de los mortales.

TORIBIO. (Bajo á Leon.) Señor mio, eso le costará á usted caro.

LEON. (Id.) No importa: mis medios me lo permiten. Si, (Á Dolores) el mas afortunado de.. (viéndola.) (¡Qué veo!)

DOLORES. (Bajo á Leon.) ¡Imprudente! Calle usted.

LEON. Séame permitido..

DOLORES. (Id.) ¡Silencio! Ha sido leida su declaracion; pero...

LEON. ¡Cómo, señora!...

DOLORES. (Id.) Ni una palabra mas. No comprometa usted á una!

- pobre muchacha. (Se separa de él; los Convidados se disponen á bailar.)
- VIARIOS.** Á bailar, á bailar.
- LEON.** (¡Ya comprendo! ¡Ella, temerosa de que el escribano sospeche algo, se lo ha confiado todo á la vieja... Ya lo adivino!... ¡Hermosa mujer! ¡Tú me amas!... ¡Yo soy amado!... ¡Oh felicidad!...)
- NIEVES.** En baile.
- LEON.** (¡Pobre marido! Ya casi le compadezco.) (Se colocan Clementina y Toribio enfrente de Dolores y Leon. Gloria, Nieves, Rosa y Convidados completan el cuadro: comienza el rigodon, tocando la orquesta dentro con solo el cuarteto á fin de que puedan oírse claramente las palabras. Todos los apartes deben procurarse decir al paso.)
- GLORIA.** (Ap. á Rosa.) ¡Ha sacado á la vieja!
- TORIBIO.** (Me parece que voy pisando sobre ascuas.)
- LEON.** (Me estoy bañando en agua rosada.)
- CLEM.** (Á Leon al pasar, ap.) Sea usted prudente.
- LEON.** (Cuando ya ha pasado Clementina.) ¡Oh mujer encantadora!..
- GLORIA.** (A Leon.) ¡Bonita eleccion!
- LEON.** ¡Y tanto que lo es!
- NIEVES y ROSA.** (Rápidamente á Leon.) ¡Sea enhorabuena!
- LEON.** ¡Muchas gracias!
- TORIBIO.** (A Leon al pasar.) Salgamos, pronto... Tengo que hablar con usted.
- LEON.** (Sin oírle.) ¡Qué momentos tan felices!
- DOLORES.** ¿Qué dice usted?
- TORIBIO.** (Yo sudo.) (La música continúa pianísimo; Toribio empieza su solo. Leon sigue á Clementina y las otras mujeres con la vista, debe aparentar hallarse completamente abstraído.)
- LEON.** (Esto no es posible... Yo estoy en otro mundo... Esta claridad deslumbradora... Esta armonia voluptuosa... Esas mujeres adornadas de flores... que me acarician con sus miradas... que me llaman con sus sonrisas... no pueden ser mas que ninfas... espíritus ideales... ¡Oh! Esto no es natural... Esto es un sueño... Si, yo duermo... Apuesto cualquier cosa á que estoy sobre el lado del corazon... Pero ya que es un sueño, ¿por qué no he de ser completamente feliz? ¿Por qué no me he de permitir como de costumbre?... (Frotándose las manos.) Si, si... ¿Qué arriesgo?)
- DOLORES.** (Á Leon.) Á usted le toca, caballero.

- LEON. (Equivocando lo figura.) Si, si: allá voy.
- TORIBIO. (Á Leon.) Que embrolla usted la figura.
- LEON. (Acercándose á Clementina y besándola la mano.) (Yo duermo... yo duermo... Atrevámonos.)
- CLEM. (Rechazándole.) Caballero, si usted continúa...
- LEON. ¿Que continúe? ¿Usted me autoriza? ¡Á mí todas las mujeres!... ¡Yo soy el sultan Saladino! (Corre á abrazarlas á todas. Cesa la música.)
- TODOS. ¡Horror!
- DOLORES. ¡Caballero!
- LEON. (Yendo á abrazar á Dolores y deteniéndose luego.) ¡Ah! Ya me vuelve la pesadilla!... (Corriendo nuevamente á abrazarlas.) ¡Á mí todas las mujeres! ¡Yo soy el sultan Saladino!
- GLORIA. ¡Abominacion!
- TODOS. ¡Horror!
- TORIBIO. ¡Cómo! ¿No hay un municipal? No hay un guardia urbano por aquí.
- LEON. (Deteniéndose estupefacto.) ¡Un municipal!... ¡Un guardia urbano!... Esto nunca ha concluido así... (Tentándose, pellizcándose y frotándose los ojos.) ¿Será que yo no duermo? ¡Ah! ¡Dios! ¿Con que estaba despierto? Pero entonces soy un libertino, un grosero! (Con desesperacion cómica.) He faltado á toda esta sociedad!... He ofendido á la que á... (Con resolucion.) Yo sabré castigarme... (Acercándose á la ventana.) Esta ventana dá á la calle... (Mirando desde ella.) Á la una... á las dos... Agua vá. (Toma carrera, dá un salto apoyándose en una silla y sale por la ventana.)
- TODOS. ¡Ah!
- DOLORES. ¡Desgraciado!
- TORIBIO. (Levantando los brazos.) ¡Se me escapó! (Cuadro general de confusion y terror; mujeres que se desmayan en los brazos de los hombres, otras que toman actitudes cómicamente dramáticas, etc., etc.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

La escena esta dividida. La mitad de la derecha representa un pasillo del teatro de Jovellanos con varias puertas que dan entrada á los palcos. La otra mitad figura un antepalco cerrado por el lado próximo al bastidor por una gran cortina. En el muro divisorio la puerta. Frente al espectador, una consola con su espejo. Á la izquierda una percha para colgar á su tiempo los abrigos. Sillas ó divan alrededor.

ESCENA PRIMERA.

PATRICIO y MARTA.

PATRICIO. Ya empieza á entrar la gente.

MARTA. Todavía es temprano y tengo tiempo bastante para acabar de arreglar estos ramos. Buena fortuna ha sido que hayas podido obtener esa plaza de acomodador en el teatro de la Zarzuela; porque desde aquella noche fatal en que el pobre don León se tiró por la ventana ya no contamos con mas recursos que tu sueldo y el producto de la venta de mis ramilletes.

PATRICIO. Esta noche, según las trazas, vá á haber un lleno completo...

MARTA. Será muy divertida la función... ¿Trabaja Caltañazor?

PATRICIO. No, mujer; hoy es el primer viernes de cuaresma, y como el reglamento de teatros previene que en tales dias no haya función.

MARTA. ¿Se vá á suspender esta?

PATRICIO. ¡Mujer, si esta no es funcion!

MARTA. ¿Cómo que no? Pues entonces, por qué andaban los revendedores diciendo: «butacas á dos napoleones para la funcion de esta noche.» ¡Qué no es funcion; y no queda un solo billete en el despacho!

PATRICIO. Porque á los demas teatros se les prohibe dar hoy representacion; y la gente, es claro, viene aqui á oír el concierto *sacro*.

MARTA. ¿Qué significa eso *sacro*?

PATRICIO. Significa que como en estos dias no debe uno divertirse en los teatros, los actores para que el público esté triste, vienen á cantar de negro.

MARTA. Como si dijéramos, de luto.

PATRICIO. Eso es.

MARTA. Vamos, ya voy comprendiendo.

USA VOZ. (dentro.) ¡Acomodador?

PATRICIO. Despacha tú y vete. (Sale.)

ESCENA II.

MARTA.

Acabemos de arreglar estos ramos. Hoy se necesitarán muchos. Cuando mi sobrina Cornelia haga su primera salida, tambien los habrá para ella. ¡Vaya si los habrá! Por mas que dijera don Leon... ¡Pobre jóven! hace tres noches tan sano y á estas horas... ¡Dios le tenga en descanso!—Aun creo ver su figura pálida, diciéndome...

ESCENA III.

MARTA, LEON.

LEON. Buenas noches, señora Marta.

MARTA. (Retrocediendo y gritando.) ¡Dios mio, qué veo! Aparta, vision.

LEON. La vision es usted, yo nada tengo de particular.

MARTA. ¡Cómo! ¿Es usted don Leon? No me engañan mis ojos! ¡Vivo! ¡Todos los periódicos han dicho que habia usted muerto en el acto!

LEON. ¿Lo han dicho los periódicos? Pues entonces nunca he

- gozado de mejor salud.
- MARTA. Pero, ¿y aquel salto mortal? ¿Consiguió usted, tal vez quedarse en el aire?
- LEON. Bien lo hubiera deseado, pero pensé en ello demasiado tarde... Aquel debió ser mi último día. Por fortuna era muy temprano, y el regimiento de Húsares se encargó de velar por mi existencia.
- MARTA. ¿Qué está usted diciendo?
- LEON. Que uno de los carros que conducían las provisiones me sirvió de colchon. Caí entre la paja, y al levantarme solo tuve que dar una mano de cepillo al traje... Por lo demas...
- MARTA. Ha causado usted la desesperación de tres pobres jóvenes; tres bellas floristas que adoraban en usted.
- LEON. ¿Han muerto, acaso?
- MARTA. No; están en el teatro con tres oficiales. Mucho sintieron la ocurrencia. Pero voy á decirles que vive usted.
- LEON. Nada de eso.
- MARTA. ¿Por qué?
- LEON. Porque verdaderamente estoy avergonzado de vivir todavía despues de haber intentado por dos veces suicidarme. En lo que toca á eso, el mundo es inflexible; tiene compasion, lágrimas para un amigo difunto; pero cuando ha llorado sobre su tumba, no tolera que se le engañe, no le gusta encontrárselo bueno y sano. Así, pues, visto el mal éxito de mis dos tentativas de suicidio, me dirigía hácia el canal para ensayar una tercera vía... ¡La vía húmeda! Cuando entreabriéndose las persianas de un balcon...
- MARTA. ¿De qué casa?...
- LEON. Eso no le importa á usted. Entreabriéndose, repito, las persianas, y no obstante la vaga luz del crepúsculo... era al amanecer... distingo una mano pequeña, blanca... La mano, en fin, de Rosina.
- MARTA. Rosina, ¿la mujer del confitero?
- LEON. He dicho Rosina, recordando la que arrojó el billete al conde de Almaviva. Yo tambien me bajé á coger el que cayó á mis pies. Ábrole y leo. «Le he reconocido: ¿vive usted? ¡Gracias! Gracias por haberme dado aquella prueba irrecusable de afecto.» Aquella prueba de afecto fué tirarme por el balcon. El billete decia poco; pero prometia mucho.

MARTA. Cierto, que deja adivinar...
LEON. Loco de alegría con tal suceso, renunció á mi proyecto húmedo... Entro en un café para buscar una idea, almuerzo como cuatro, bebo como diez... Nada. La idea no venia. Esta mañana me decido por fin á tomar una resolucíon, á robar á mi Elena.

MARTA. ¡Ah! ¿Es Elena, la boticaria de la esquina?
LEON. Señora, si tuviera usted algunas nociones de literatura, no me interrumpiría con exclamaciones impertinentes. Continuo: me decidí á robarla. Pero ¡oh, rabia! He sabido que despues de esta representacion extraordinaria, á la que asistirá con el orangutan de su marido, parten ambos para Asturias. Admírese, usted.

MARTA. ¡Ah!
LEON. (Tapándole la boca.) Bien, basta. ¿Y usted piensa que yo lo he de consentir? No, mil veces no. Ellos vienen á éste palco, número 43... Pues bien: yo arrojaré al sarraceno de su marido. Yo me introduciré en su palco; yo seré, una vez dentro, el caballo de madera y ¡ay de Troya! Pero para esto es necesario que usted me ayude...

MARTA. ¿Cómo! Quiere usted hacerme cómplice?...
LEON. Quiero hacerla rica, porque la cubriré de oro...
MARTA. Jamás; la moralidad ante todo... (Si supiera lo que me iba á dar...)

LEÓN. ¡Oh, desapiadada ex-patrona, mas loba que la que amantó á Rómulo! ¿Conque me abandonas?

MARTA. Veremos: ya hablaremos despues. (Á Leon, que ha entreabierto la puerta del palco y examina su interior.) Pero márchese usted... el público vá llegando, y si le encuentran aqui le echarian una multa á mi marido, que es el acomodador de los palcos.

LEÓN. Pero...
MARTA. Luego, luego... Márchese usted y no me comprometa.
LEON. Piénselo usted bien: si me sirve la cubriré de oro... si me niega su apoyo ¡guay de usted!

ESCENA IV.

MARTA, gente que atraviesa por los pasillos.

MARTA. ¡Me cubrirá de oro!... La cosa merece pensarse.

VOCES. (Dentro.) ¡Acomodador!

- OTRA. (Id.) «La Correspondencia de España.»
OTRA. (Id.) Escoger ramitos, qué bonitos.
OTRA. (Id.) El programa de la función de esta noche...
OTRA. (Id.) «El moro, el moro Muza.»
CLEM. (Apareciendo con Dolores y Toribio.) Acomodador, el número 13.
PATRICIO. (Abriendo el palco á Clementina y Dolores.) Por aquí, señoras.
LEON. (Dejándose ver y desapareciendo en seguida.) ¡Ella!

ESCENA V.

PATRICIO, CLEMENTINA, DOLORES, TORIBIO.

TORIBIO. (Á Patricio, que está á la puerta del palco.) Déjeme usted en paz. Ya he dicho que no necesito gemelos... Yo tengo todo lo que me hace falta... Un marido no es nunca corto de vista (sobre todo, cuando es celoso). (Patricio se retira.)

DOLORES. (Que ha mirado hacía fuera.) ¡Ah!

TORIBIO. (Inquieto y volviéndose.) ¿Eh?

DOLORES. ¡Dios mío! Juraría que era él.)

TORIBIO. (Mirando por todas partes.) ¿Qué es eso? ¿qué hay por aquí?

DOLORES. Nada: que me he torcido un pie.

TORIBIO. Tu intención sí que es torcida.

DOLORES. Jesús, todo te sobresalta.

TORIBIO. En cambio á usted, señora, no le sobresalta nada. Sin embargo, yo sé que se me tienden lazos, que estoy rodeado de asechanzas... Usted me dirá: «Aquel j6ven se tir6 por el balcon; ya no le veremos mas...» Pero eso no basta. Para mi tranquilidad, necesitaba yo por mis propios ojos haberle visto romperse la crisma; y como no, he tenido ese gusto, me voy de Madrid, y usted se vendrá conmigo adonde yo la lleve.

CLEM. ¿Y qué capricho ha sido el de asistir al teatro dos horas antes de subir al coche?

TORIBIO. Un compromiso; un maldito compromiso. Un amigo mío, que toca admirablemente el fagot y quiere que le oiga en la sinfonia de Bethowem, con que se inaugurará el concierto. Pero en cuanto se toquen un par de piezas, querida cuñada, nos despedimos, y tomamos mi

- mujer y yo el camino de Asturias, país encantador, donde no se vé á nadie, país clásico, desde el cual *duo* Pelayo hizo á España volver de su desmayo.
- DOLORES.** Y yo me desmayo al pensar en él.
- CLEM.** Vamos, hermana mía... (Procurando calmarla.)
- PATRICIO.** (Abriendo la puerta.) Caballero, ¿tendrá usted la bondad de darme el billete del palco?
- TORIBIO.** Pues qué, ¿no se lo he dado ya?
- PATRICIO.** No señor.
- TORIBIO.** Hombre, si lo tenía en la mano... Á ver... (Buscándolo.) Nada, no lo encuentro.
- PATRICIO.** Entonces, caballero...
- TORIBIO.** Pero, en fin, ya que estamos aquí, es igual.
- PATRICIO.** Perdone usted, no es igual. Si no hubiera necesidad de otras formalidades, se podrían tener palcos á bien poco precio.
- TORIBIO.** Eso es decir...
- PATRICIO.** Es decir que tenga usted la bondad de bajar á arreglar esto.
- TORIBIO.** Pero si yo...
- PATRICIO.** Vaya usted á ver al celador.
- TORIBIO.** No; que venga él aquí. (Gritando) Pues, no faltaba más!
- VOCES.** (Dentro.) Silencio en ese palco.
- CLEM.** No grites, que todo el mundo mira hácia aquí.
- TORIBIO.** Pues señor, está bien; paga uno su dinero para que no le dejen ver la función. (Gritando.) ¡Por vida de mi nombre! (Dirigiéndose á la puerta.)
- VOCES.** (Dentro.) ¡Silencio, fúeral!
- TORIBIO.** ¡Ya voy fuera!
- PATRICIO.** Es cosa de un momento.
- TORIBIO.** Si, si... vengo solo por oír la sinfonia y me tengo que marchar sin oirla. ¡Cuando digo que... ¡maldito billete! (Buscándole todavía.) VAMOS. (Sale con Patricio.)

ESCENA VI.

DOLORES, CLEMENTINA.

- DOLORES.** Hé aquí el hombre con quien voy á sepultar mi juventud.
- CLEM.** Considera, hermana, que es tu marido.
- DOLORES.** Mi despota, mas bien. ¿Pues qué porque se le anteje sa-

ir de Madrid precipitadamente y llevarme á Asturias, he de acceder yo á semejante capricho? No; de ningún modo le seguiré.

CLEM. ¿Qué dices? ¿Qué intentas hacer?
DOLORES. ¿Lo sé acaso? ¡Ah! Cuán desgraciada soy, y cuán feliz hubiera podido ser unida á un hombre que me comprendiese, que me colmase de obsequios, y cuando pienso que tal vez ese hombre existe, me ama...

CLEM. Pero, (desdichada, aquel joven ¿no ha muerto?)
DOLORES. Ha muerto para el mundo; vive para mí. (Con solemnidad comica.)

CLEM. ¡Dios mio! ¿Se habrá vuelto loca?
DOLORES. (Misteriosamente.) Está aquí... á dos pasos, me sigue siempre donde quiera que voy... En medio de esa sala inmensa, una mirada me busca, un corazón late por mí.

CLEM. Me haces temblar.
DOLORES. (Levantando la cortina y señalando adentro.) Mira tú, yo... yo no podría ocultar mi emoción.

CLEM. (Desaparece un momento tras la cortina y sale con un ramo en la mano.) ¡Dios mio!
DOLORES. ¿Le has visto?

CLEM. No; pero en cuanto me he asomado ha caído sobre mí este enorme ramillete.
DOLORES. ¡Positivamente es de él!

CLEM. (Sacando del ramo un papel.) ¡Calle! dentro del ramo hay un papel escrito con lapiz...

DOLORES. (Arrebatándosele.) Á ver, á ver... trae... (Leyendo el billete.) «Aquí estoy: cualquiera que sea la forma en que me aparezca, no se asombre usted. Un coche aguarda mis órdenes en la calle de Alcalá. Un incidente que yo he preparado, la separa de su tirano de Pádua... Conque, resolución.»

CLEM. ¿Y te dejarás alucinar? Ah, no; yo no te abandono... Yo no puedo tolerar... (Toribio aparece en el corredor, accionando como si disputará con Patricio.)

DOLORES. Silencio.

CLEM. ¡Tu marido!

DOLORES. ¡Oh! ¡Qué triste es descender á la prosa de un marido desde las regiones de la poesía!

ESCENA VII.

DICHOS, TORIBIO, hablando con PATRICIO.

TORIBIO. Cuando yo le decía á usted...

PATRICIO. Está bien; pero yo cumplo con mi obligacion. (Váse.)

TORIBIO. Bueno: déjenos usted en paz. Gracias á Dios que...

(Viendo el ramillete y precipitándose sobre él.) ¡Qué veoh! Un ramillete! ¡Señora! ¿de dónde ha venido esto? ¡usted no lo tenía al entrar! (Gritando mas.) Señora, usted me quiere hacer...

VOCES. (Dentro.) ¡Silencio en ese palco!

TORIBIO. ¡Usted me quiere hacer desesperar!

CLEM. Que el público se vá á amotinár...

TORIBIO. ¡Yo quiero saber... Yo quiero que se me diga... Á ver... ¿de dónde ha venido este ramillete? De las nubes no habrá caído!...

CLEM. Precisamente del palco de encima. Íbamos á devolverle...

TORIBIO. Yo mismo le llevaré..... Quiero asegurarme antes...

(Apuesto cualquier cosa á que dentro hay un billete... Nosotros los escribanos tenemos una nariz para eso...)

(Al acercarle á la nariz se pincha.) ¡Demonio! ¡qué manía de llenarlo todo de rosas!... con sus accesorios,

DOLORES. (Si, si, busca, busca...) (Clementina y Dolores desaparecen tras la cortina.)

TORIBIO. ¡Bestia de mí! Ya no está el billete. ¡Pobres maridos, que registran el monte cuando ya el lobo ha desaparecido! Pero yo sabré por el acomodador... (Entreabriendo la puerta.) Acomodador, ¿está ahí la ramilleterá?

ESCENA IX.

DICHOS, MARTA.

MARTA. ¿Qué se le ofrece á usted, caballero?

TORIBIO. Un ramillete que ha caído del otro piso.

MARTA. Á ver... (Tomándolo.) Es singular.

TORIBIO. ¡Cómo! ¿Le reconoce usted?

MARTA. (Puesto que don Leon no ha comprado mi silencio, bien puedo hacer que este me pague.) (Bajo á Toribio.) En

efecto, yo sé de dónde viene. (Y yo me he de ir.)

TORIBIO. ¡Cómo! ¿Cómo!

MARTA. Desconfie usted...

TORIBIO. (¡Lo que yo decía!)

MARTA. Ese ramillete me lo ha comprado un joven...

TORIBIO. ¡Será posible! (Dándole una moneda.) Buena mujer, en nombre del cielo, hable usted.

MARTA. (Una peseta... ¡Miserable!)

TORIBIO. Con que ese joven...

MARTA. Le ha comprado para una señora que está en el anfiteatro, y que me ha encargado que lo recoja. Eso es todo. (Por una peseta bastante le he dicho.) (Vase cerrando la puerta.)

ESCENA IX.

TORIBIO, CLEMENTINA, DOLORES.

TORIBIO. Está escrito que nada he de poder averiguar. ¡Por vida de mi nombre!

CLEM. (Asomándose por la cortina.) ¿No vienes, cuñado, a oír este trozo de música? Lo estan cantando muy bien.

TORIBIO. Sí, si, allá voy. (Aplausos dentro. Clementina y Dolores salen al antepalco.) Ya es tarde; siempre llego cuando se ha acabado todo.

DOLORES. Buen modo de prestar atención al concierto: abandonarnos así...

TORIBIO. He tenido que ver al celador, y además he querido asegurarme de si se habian cumplido mis órdenes... Todo está ya listo para la marcha. Un coche nos espera en la calle de Alcalá.

DOLORES. (Como el otro.)

TORIBIO. Y dentro de media hora... correremos hácia mi país natal.

DOLORES. (Si; el país de lobos.)

TORIBIO. Asturias es un hermoso suelo, con tantas montañas y tantos...

DOLORES. (Y tantos osos...)

TORIBIO. Yo soy amante de la naturaleza. Y luego, allí en Asturias, no tendré que temer nada... No habrá quien me tienda lazos. Estoy impaciente porque llegue la hora de partir.

DOLORES. (¿Y yo me he de condenar á aquel destierro?)
CLEM. Vamos á oír este pasaje de violoncello. ¡Es delicioso!
(Desaparecen tras la cortina. Orquesta. Entra León vestido de mozo de café; trae una bandeja con tres sorbetes, vasos y una botella con agua.)

ESCENA X.

LEON, á poco CLEMENTINA, DOLORES y TORIBIO.

LEON. (Esechando desde la puerta.) ¡Bien! Merced á este disfraz podré hablarla, podré... ¡Oiga! ¡Bonita música! ¡Deliciosa melodía!... Vamos, esto no se parece á los ejercicios de la sobrina de mi patrona.. Si no fuera por llamar la atención, aplaudiría. (Aplausos.) ¡Bravo!

CLEM. (Saliendo seguida de Dolores y Toribio.) ¡Qué música tan preciosa!

LEON. (Presentándose en el antepalco; toda la escena con rapidez y aturdimiento.) Caballero... aquí están los helados.

TORIBIO. ¿Qué helados?

LEON. Pues, tres sorbetes... dos mantecados y uno grosella.

TORIBIO. Pero si aquí...

LEON. Perdone usted si le he hecho llamar dos veces. (Hablando en la puerta como si le llamasen.) ¿Número 9? allá voy, al instante.

TORIBIO. Pero si nosotros no...

LEON. ¿No tienen ustedes cucharillas? Es verdad; se me habian olvidado. Soy un aturdido... Corro á buscarlas. ¿Quiere usted tener la bandeja? (Obliga á Toribio á tomarla.)

TORIBIO. ¿Por quién me tomará este hombre?

LEON. (Buscando las cucharillas.) Yo debía tenerlas.

DOLORES. (Á Clementina.) ¡Es él!

CLEM. (Id.) ¡Cómo!

DOLORES. ¡Mi corazón lo ha reconocido! ¡Qué abnegación!

CLEM. Pero ese disfraz... Vamos, no puede ser.

LEON. ¡Ah! Aquí están... Yo bien decía (Dando un sorbete á Dolores.) ¿Señora, usted ha pedido un mantecado? (Bajo á ellas.) Vengo á traerles noticias...

TORIBIO. (Resisténdose.) Pero, si yo repito...

DOLORES. Vamos, ya que están aquí estos helados, lo mejor que podemos hacer es tomarlos... Así como así se siente un calor...

- CLEM. (Bajo á Toribio, tomando otro sorbete.) Es el modo mas pronto de despachar á este hombre!
- CORN. Sea, venga mi sorbete. (Le toma.) Eso es, grosella, que nunca me ha gustado.
- LEON. ¡Oh! Pues está muy buena... Ya verá usted... ¡Oh! la grosella es excelente, sobre todo...
- TORIBIO. Bien, bien. (Ahora vá á darnos conversacion.) (Leon hace señas á ellas.)
- DOLORES. (Me está haciendo señas... Si yo pudiera decirle...) (Ans.) Con que dentro de una hora, esposo mio...
- TORIBIO. Dentro de una hora en marcha: el coche nos espera.
- DOLORES. ¿Y qué clase de carruaje es?
- TORIBIO. Una berlina. ...
- LEON. (Pasando precipitadamente entre las dos mujeres. Ap. á ellas.) Una carretela.
- TORIBIO. Verde.
- LEON. (Id.) Amarilla.
- DOLORES. Que nos aguarda...
- TORIBIO. Esquina á la calle de Peligros.
- LEON. (Id.) Justo al Café Suizo.
- TORIBIO. Iremos dentro con toda comodidad y siempre al galope... clic... clac... Llegaremos á Oviedo, sin que nos haya molestado el viaje... ¡Puf! ¡Este sorbete es detestable! Mozo, un vaso de agua.
- LEON. Al momento.
- CLEM. (Á Leon.) (Váyase usted por Dios, yo se lo ruego.)
- TORIBIO. ¿Y bien? (Leon distraido, creyendo llenar el vaso que Toribio le alarga, vierte sobre la cabeza de este el agua de la botella, y entre tanto con la otra mano hace protestas de amor á Clementina.) Es extraño... Me corre el sudor de una manera...
- LEON. (Haciendo su pantomima.) Oh, ¡Dios! No, jamás; ¡porque... En fin...
- TORIBIO. ¡Pero, señor! ¿qué es esto?
- LAS MUJERES. (Apercibiéndose de lo que hacia Leon.) ¡Bondad divina!
- LEON. (Id.) ¡Oh!
- TORIBIO. ¡Ah! ¡Estoy empapado! ¡Animal! ¿Pues no me estaba echando el agua encima de la cabeza?
- LEON. ¡Si no tuviera usted el vaso á dos leguas!
- TORIBIO. Si no fuera usted un bestia...
- LEON. Como usted... se estaba quieto...
- DOLORES. (Sacando el pañuelo.) Deja que te enjague.
- CLEM. (Id.) Yo tambien; vamos, con tal de que no haya cor-

- LEON. rido el agua...
- TORIBIO. No, hasta las espaldas.
- LEON. Felizmente el agua no mancha, venga usted á la cocina, y allí, al calor del fuego... (Le pone la servilleta al cuello como corbata.) Si quiere que le tienda á secar...
- CLEM. No, no vale la pena.
- TORIBIO. Váyase usted, mozo, váyase usted, y que no vuelva á oír hablar de helados ni de... (Pagándole.) Toma tu dinero.
- LEON. ¿Y la propina?
- TORIBIO. (Amenazándole.) Espera, voy á dártela. (Á las mujeres, que le contienen.) No me contengas, cuñada.
- LEON. (La vieja es su cuñada... Bueno es saberlo.)
- TORIBIO. Vete, maldecido; vete, ó si no...
- LEON. Basta, mi amo... (Creo que me habrá entendido.) (Váse.)
- DOLORES. El concierto vuelve á empezar. Venid á oír esta pieza.
- CLEM. Si, vamos. (Dolores y Toribio entran.) (No tengo más que un recurso, que es el de no separarme de mi pobre hermana, hasta que se aleje con su marido. Afortunadamente he visto á unas amigas en un palco de enfrente, y si puedo decidir las á que nos hagan una visita... Si, si, es el mejor medio de impedir una locura. (Se dirige hácia la puerta.)

ESCENA XI.

- DOLORES Y TORIBIO, dentro del palco, CLEMENTINA, en el antepalco, cerca de la puerta.
- LEON. (Hablando á través de la misma que esta entreabierta.) ¡Señora, en nombre del cielo!
- CLEM. ¡Otra vez! Renuncie usted, caballero; yo se lo suplico, á un proyecto que me hace temblar.
- LEON. (Id.) ¡Jamás! ¡Quién renuncia á la felicidad?
- CLEM. ¿Y los peligros?
- LEON. ¡Los desafío!—¡Oh! y este anillo... (Quitándose el á Clementina.) ¡Oh! Nunca, nunca me abandonará. (Poniéndolo en su dedo.)
- CLEM. (Me quita mi sortija.) Pero, caballero... (Pues me gusta!)
- TORIBIO. (Asomando la cabeza por la cortina.) ¿Qué estás buscando?
- CLEM. Mis guantes. No sé dónde los he dejado. (Á Leon.) Si no

- temiera un escándalo...
TORIBIO. ¿Y bien?
CLEM. Ya han parecido. (Bajo á Leon.) Aléjese usted por Dios. (Clementina penetra en el palco. Leon entra en el antepalco.)
LEON. (Remedando á Clementina.) Aléjese usted por Dios... ¡Bah, bah, bah! últimos esfuerzos de una virtud que se rinde! No, no me alejo, me quedo acechando el momento de la salida, y entre el tumulto... (Se oculta con la cortina.)
TORIBIO. (Á Clementina saliendo.) ¿Pero cuñada, qué capricho te ha dado de visitar á esas amigas, precisamente cuando vamos á oír lo mejor del concierto?
LEON. (Oculto.) ¡La cuñada, es decir, la vieja vá á salir!
TORIBIO. En fin, puesto que te empeñas te acompañaré.
CLEM. De ninguna manera... Quédate.
TORIBIO. Pero...
LEON. (td.) La vieja se vá y la jóven se queda... ¡Oh! ¡dicha!
TORIBIO. (Váase Clementina dejando dentro á Toribio.) Me alegro de que me haya dejado aquí... porque supongo que el galán en cuestión no debe andar muy lejos... Nosotros los escribanos, tenemos una nariz para esto... (Entra en el palco.)
LEON. (Volviendo á aparecer.) El marido ha vuelto á entrar... ¡Oh! es necesario que yo me ingenie para hacerle salir... Es menester aprovechar los instantes... Este anillo me dará la osadía del león... (Se oye el piano.) Anda, otra vez el piano... Vamos, no lo puedo soportar... Voy á hacer que se calle... (Haciendo el perro.) ¡Gua, gual! ¡Ohu! ¡ohu! ¡Toma! yo te daré música ¡Ohu!
VOCES. (Dentro.) ¡Fuera ese perro! (Leon se oculta entre la cortina.)

ESCENA XII.

- LEON oculto, DOLORES, TORIBIO, Voces dentro.
TORIBIO. (saliendo.) ¿Habrán dejado entrar aquí algun perro? Será en el palco inmediato.
DOLORES. (Desde la cortina.) ¡Qué idea!
LEON. (Oculto.) ¡Bonito escándalo se vá á armar! Mejor, á rio revuelto... ¡Ohu! ohu! ohu!
VOCES. (Dentro con explosion.) ¡Silencio! Fuera! Fuera!
TORIBIO. (Llamando con la mano en el tabique medianero del otro palco.) Hagán ustedes salir á ese perro... ¡Esto es insoportable!

UNA VOZ. (En el otro palco.) ¡Pero si es ahí donde está!

TORIBIO. Aquí, no.

LEON. (Si yo pudiera hacer que el inspector de policía se le-
vante y se viese al marido...) (Imitando un aullido.) ¡Ohu!!!

UNA VOZ. Allí está.

DOLORES. ¡Señalan á nuestro palco!

LA VOZ. ¡Fuera!

TORIBIO. (Como hablando á los espectadores.) Permítanme ustedes, se-
ñores...

LA VOZ. ¡Silencio! el del perro quiere hablar!

VOCES. (Dentro.) ¡Sentarse, silencio, que hable el orador!

TORIBIO. Yo, señores, yo...

LA VOZ. ¡Bravo! Yo, yo soy incapaz...

TORIBIO. Yo, yo soy incapaz...

LA VOZ. ¡Es verdad! (Risas.)

TORIBIO. Yo, por mi carácter, soy incapaz... (Risas) de haber in-
troducido un cuadrúpedo en vuestra sociedad y de fal-
tar al público por un... (Fuerte aullido de D. Leon, oculto
tras la cortina del palco.)

Todos. ¡Fuera, silencio! á la calle!

ESCENA XIII.

DICHOS, un Dependiente de policía y Espectadores en el corredor.

DEPEN. Sígame usted, caballero: sígame usted con su perro.

TORIBIO. ¿Qué perro ni qué narices?

DEPEN. Vamos, haga usted salir á ese maldito animal.

TORIBIO. Pero, señor, si aquí no hay más animal que usted y yo.

DEPEN. ¡No importa, hágale usted salir!

TORIBIO. Pues bien, salga usted.

DEPEN. Venga usted conmigo á entenderse con el inspector...

TORIBIO. Pero...

DEPEN. Sígame usted. (Vase llevando á Toribio.)

ESCENA XIV.

LEON, á poco DOLORES.

LEON. (Saliendo de detrás de la cortina donde estaba escondido.) Al
fin he conseguido mi objeto, que era alejar al marido, y
puesto que mi adorada está sola, aprovechemos la oca-

sion. (Risas dentro. Gloria, Rosa y Nieves atraviesan por el corredor cada cual de bracero con un oficial, y riendo á carcajadas.) ¿Pero qué bulla es esa? (Asomándose á la puerta del palco y reparando en las floristas.) ¡Qué yeo! Las floristas mis ex-vecinas, de bracero con sus oficialitos. Las llevarán á cenar. Una mujer no se rie de ese modo más que cuando la convidan. ¡Y me amaban tanto! Si, pero me creen muerto y han buscado quien las consuele. ¡Mejor! un remordimiento menos. Dios las haga muy felices. Ahora, Leon, ánimo; ¡llegó el momento decisivo...

(Se quita la paluca y la barba postizas, desátase el mandil y lo arroja todo á un rincón, sacándose luego los falzones de la levita, que habrá llevado recogidos por dentro, mientras se finge mozo de café.) ¡Bravo! (Oscureidad.) Acortan el gas para cantar este nocturno. Hasta eso me favorece. ¡Ea, valor! (Entreabriendo la cortina.) Dolores... Mi querida Dolores...

DOLORES. (saliendo.) ¡Oh Dios! esta oscuridad...

LEON. (Tomándole la mano.) Encubrirá nuestra fuga...

DOLORES. ¡Él! ¡Él aquí!

LEON. Si, yo, yo que te amo, que te adoro, que te... (Besándola la mano.)

DOLORES. Pero caballero, lo que está usted haciendo conmigo es inicuo.

LEON. Sin embargo tú alentaste mi esperanza.

DOLORES. ¡Oh! tal vez usted comprendió mal... la emoción... la sorpresa...

LEON. Duélete de mi angustia. (Besándola la mano.)

DOLORES. Caballero, yo no puedo tolerar...

LEON. ¿Y qué hacer entonces?

DOLORES. Yo voy á desmayarme.

LEON. No haga usted tal cosa... ¿Cómo nos íbamos á componer?...

DOLORES. ¡Santo cielo! ¡Protege mi virtud, dame valor!

LEON. En nombre de nuestro amor, señora, un esfuerzo mas y mis votos se realizan. (Toribio mira por la cerradura de la puerta.)

LEON. (Á los pies de Dolores.) ¡Hágame usted feliz! ¡Hágame usted feliz!

ESCENA XV.

DICHOS, TORIBIO, desde fuera.

TORIBIO. ¡Ah, bribon!

DOLORES. ¡Dios mío!

TORIBIO. ¡Abrid!

LEON. Que el diablo te lleve.

TORIBIO. (Intentando abrir.) ¡Ya te reconozco, te veo, infame! Te estoy viendo á los pies de mi mujer... ¡Acomodador, acomodador! (Sacude la puerta con violencia.)

DOLORES. (Asustada.) ¡Santo Dios! Es mi marido. Huya usted.

LEON. ¡Huir! ¿Y por dónde? ¡La puerta está cerrada! (La puerta se abre.)

DOLORES. ¡Ah! ¡Vá á matarme! ¡Hélo aquí! (Entran Toribio y Clementina. Esta pasa rápidamente y ocupa el sitio en que se hallaba Dolores. Claridad.)

ESCENA XVI.

LEON, DOLORES, TORIBIO, CLEMENTINA.

TORIBIO. ¡Oh! ¡Estaba seguro! ¡Es él! (Se dirige á la puerta, y mientras la cierra, Clementina dice el aparte siguiente.)

CLEM. (Bajo á Leon.) ¡Ah, caballero! ¿Quiere usted perder á una desgraciada mujer cuya suerte está en sus manos?

LEON. (Bajo y creyendo que le habla por ella misma.) No, ángel de los ángeles, y aunque yo tenga que sacrificarme...

TORIBIO. En cuanto á tí, esposa criminal...

LEON. (Á Toribio.) ¡Deténgase usted! (Como ocurriéndole una idea al ver á Dolores.) (Si, es el solo medio de salvarla; duro es, pero no importa. Sacrifiquémonos.) (Á Toribio.) Respete usted, caballero, la virtud mas inamovible...

TORIBIO. ¡Cómo! Cuando yo le he sorprendido á sus pies...

LEON. Es cierto.

TORIBIO. Besándole la mano...

LEON. Es cierto.

TORIBIO. Suplicándole que coronase sus deseos, sus votos...

LEON. Tambien es cierto. ¿Pero qué es lo que yo le pedia?

TORIBIO. ¡Demonio! Lo que usted le pedia... ¿Y cómo quiere usted que yo...

- LEON. Pues bien; yo le pedía la mano de su hermana, á quien adoro.
- TORIBIO. ¿De su hermana?
- CLEM. (¿Qué está diciendo?)
- DOLORES. (¿Oh abnegacion sublime!)
- LEON. (Es horrible... ¡Ahora me parece mas fea que el otro día!)
- TORIBIO. Yo no acabo de creer... ¿Con que era por mi cuñada?
- LEON. ¡Usted la ama!
- TORIBIO. La idolatro.
- LEON. Y es ella la que...
- LEON. Si, si; ya sé lo que usted vá á decirme... No importa.
- TORIBIO. Cada uno tiene sus gustos, y el mio es ese.
- TORIBIO. ¿Y está usted pronto á casarse con ella? (Ahora veremos.)
- LEON. ¿Qué si estoy pronto? ¡Oh! Con júbilo, con... (Ay, cerremos los ojos.)
- CLEM. Pero, cuñado...
- LEON. Si, yo la adoro... (Sacrifiquémonos.)
- TORIBIO. (Le voy á poner entre la espada y la pared.) Pues bien, caballero, que sean ustedes felices... Yo se la concedo.
- CLEM. ¿Qué estás diciendo! Yo no consiento...
- TORIBIO. Es la sola manera de acallar mis sospechas.
- LEON. (Mirando á Dolores.) (¡Jesucristo, qué fea es!)
- TORIBIO. Hé aquí su mano! (Uniendo las de Leon y Clementina.)
- LEON. (Sorprendido al ver á Clementina.) ¡Eh! ¿Cómo?
- TORIBIO. Yo se la doy á usted.
- LEON. (Ahora quiere casarme con su mujer... He oido que en ciertos paises esto era una costumbre muy admitida; pero... ¿si será otra vez un sueño?) Con que usted...
- TORIBIO. Si; le concedo la mano de mi cuñada. (Señalando á Clementina.)
- LEON. ¿Su cuñada de usted esta señora?... Y yo que creia... Cuando por el contrario... ¡Voy á volverme loco!
- TORIBIO. (Esa alegría no es fingida; ya estoy tranquilo.) (Pasa al lado de Dolores.)
- LEON. (Bajo á Clementina.) ¿Con qué usted se llama Clementina?
- CLEM. Si, señor.
- LEON. (id.) Pero entonces es usted la que yo amaba, la que yo idolatro...
- CLEM. ¡Cómo! Ahora salimos...

- LEON. ¡Oh! Perdóneme usted que haya mistificado su parentela... Yo tomé á usted por la esposa de don Toribio; á don Toribio por cuñado de su mujer, á su mujer por...
- CLEM. Bien, basta; todo eso quiere decir...
- LEON. Que nunca he amado á otra que á usted. (Á lo menos recientemente.)
- TORIBIO. (Á Dolores.) ¿Con que en realidad te pedía la mano de tu hermana?
- DOLORES. Si. (Se casa con ella por no comprometerme; ¡oh, modelo de heroísmo! ¡Jamás olvidaré cuánto te debo!)
- LEON. (A Clementina cayendo á sus pies.) Señora, pronuncie usted el sí que tanto anhelo!
- TORIBIO. (Cayendo á los pies de Dolores.) Pronuncia tú mi perdon.
- CLEM. Pero déjenme ustedes tiempo de reflexionar...
- TORIBIO. Nada de reflexiones. (Reparando en la sortija que Leon quitó á Clementina.) ¡Ah, picaruela! ¿Ya le has dado tu sortija? Esto significa que le has dado también tu corazón.
- CLEM. ¡Dios mio! ¿qué hacer? Al fin y al cabo él me ama... las apariencias autorizan á creer que yo le correspondo...)
- TORIBIO. ¿Consientes?
- CLEM. Si ustedes se empeñan... consiento. El pobre ha hecho tantas locuras por mí que bien puedo yo hacer una por él.
- LEON. Con que usted... Con que tú... Una palabra: ¿tocas el piano?
- CLEM. Ay, no.
- LEON. ¡Todas las perfecciones reunidas! Decididamente hemos nacido el uno para el otro.
- Y yo que tantos años
con tanto empeño
veía á las mujeres
en dulce sueño,
pero tan bellas
que aun despierto queria
soñar con ellas!
hoy te encuentro á mi lado,
tú me rodeas
con esos dulces lazos...
¡Bendita seas!
Casi no acierto
á esperar que tal dicha

logre despierto.
Yo temí á las mujeres
sin conocerlas;
tú me enseñas á amarlas
y á no temerlas...
Amor tan loco
solo me inspira el miedo
de amarte poco.
Me caso, caballeros;
cesó la fiebre;
donde menos se piensa
salta la liebre.
Con esta cura
se quita á los enfermos
la calentura.
Y si mi boda acaso
parece rara,
que os enseñe mi novia
su linda cara...
Como es tan bella,
bien podeis vuestras palmas
batir por ella.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no hallo inconveniente en que su representacion sea autorizada.
Madrid 22 de Diciembre de 1862.

El censor de teatros.
ANTONIO FERRER DEL RIO.

ADVERTENCIA.

Para facilitar la representacion de esta comedia en los teatros de provincia será muy conveniente expresar cómo se ha arreglado aqui la decoración del tercer acto. Una de casa blanca forma el medio punto que figura el corredor, y otra de sala verde ó azul imita el antepalco, ocupando la mitad ó á lo mas dos tercios de la escena.

FIN DE LA COMEDIA.

Habiendo examinado esta comedia, no halló inconveniente en que su representacion sea autorizada.
 Madrid 22 de Diciembre de 1862.
 El censor de teatros.
 Antonio Ferrán del Rio.

Marta y María.
Madrid en 1818.
Madridá vista de pájaro.
Miel sobre hojuelas.

Negro y Blanco.
Ninguno se entiende, ó un hom-
bre tímido.
Nobleza contra nobleza.
No es todo oro lo que reluce.

Olimpia.

Propósito de enmienda.
Pescar á rio revuelto.
Por ella y por él.
Para heridas las de honor, ó el
desagravio del Cid.
Por la puerta del jardín.
Poderoso caballero es D. Dinero.
Pecados veniales.
Premio y castigo, ó la conquista
de Ronda.

¡Que convidó al Coronel!..
¡Quién mucho abarca.
¡Qué suerte la mía!
¡Quién es el autor?

Angélica y Medoro.
Armas de buena ley.
A cual mas teo.

Clavervina la Gitana.
Cupido y Marte.
Céuro y Flora.

D. Sisenando.
Doña Mariquita.
Don Crisanto, ó el Alcalde pro-
veedor.

El Bachiller.
El doctrino.
El ensayo de una ópera.
El caletero y la maja.
El perro del hortelano.
En Ceuta y en Marruecos.
El león en la ratonera.
El último mono.
Enredos de carnaval.
El delirio (drama lírico).
El Postillon de la Rioja (Música)
El Vizconde de Letorieres.

¿Quién es el padre?

Rebeca.
Rival y amigo.

Su imagen.
Se salvó el honor.
Santo y pecador.
San Isidro (Patron de Madrid.)
Suenos de amor y ambicion.
Sin prueba plena
Sobresaltos de un marido.

Tales padres, tales hijos.
Traidor, inconfeso y mártir.
Trabajar por cuenta ajena.
Todos unos.

Un amor á la moda.
Una conjuración femenina.
Un dómine como hay pocos.
Un pollito en calzas prietas.
Un huesped del otro mundo.
Una venganza leal.
Una coincidencia alfabética.
Una noche en blanco

Uno de tantos.
Un marido en suerte.
Una leccion reservada.
Un marido sustituto.
Una equivocacion.
Un retrato quemarropa.
¡Un Tiberio!
Un lobo y una raposa.
Una renta vitalicia.
Una llave y un sombrero.
Una mentira inocente.
Una mujer misteriosa.
Una leccion de corte.
Una falta.
Un paje y un caballero.
Un sí y un no.
Una lágrima y un beso.
Una leccion de mundo.
Una mujer de historia.
Una herencia completa.
Un hombre fino.
Una poetisa y su marido.
¡Un regicida!

Ver y no ver.

Zamarrilla, ó los bandidos de la
Serranía de Ronda.

ZARZUELAS.

El mundo á escape.
El capitán español.
El corneta.
El hombre feliz.
El caballo blanco.

Harry el Diabolo.

Juan Lanas. (Música.)
Jacinto.

La litera del Oidor.
La noche de ánimas.
La familia nerviosa, ó el suegro
omnibus.
Las bodas de Juanita. (Música.)
Los dos flamantes.
La modista.
La colegiala.
Los conspiradores.
La espada de Bernardo.
La hija de la Providencia.
La roca negra.
La estatua encantada.
Los jardines del Buen Retiro.
Loco de amor y en la corte.
La venta encantada.

La loca de amor, ó las prisiones
de Edimburgo.
La Jardinera (Música)
La tona de Tetuan.
La cruz del Valle.
La cruz de los Humeros.
La Pastora de la Alcarria.
Los herederos.

Mateo y Matea.
Moreto. (Música.)

Nadie se muere hasta que Dios
quiere.
Nadie toque á la Reina.

Pedro y Catalina.
Por sorpresa.

Tal pará cual.

Un primo.
Una guerra de familia.
Un cocinero.
Un sobrino.
Un rival del otro mundo.

La Direccion de EL TEATRO se halla establecida en Madrid, calle del Pez, num. 40,
cuarto segundo de la izquierda.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena.....	Cabeza.
Albacete.....	Pérez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy.....	Martí.	Mahon.....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboada.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almería.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Ávila.....	Lopez.	Murcia.....	Hered. de Andrión.
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias.	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto. de Sta. Maria	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Real.....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo.....	Tejeda.	San Fernando.....	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander.....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian.....	Garralda.
Figueras.....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijón.....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y Comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona.....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
I. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez.
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. ^a y Geltrú.	Creus.
Lérida.....	Sol.	Vitoria.....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.